



Armero

VOLVER AL MAPA



An aerial photograph of a city, likely Bogotá, Colombia, with a red outline highlighting a specific urban area. The map shows a dense grid of buildings and streets, with a large, irregularly shaped area outlined in red. The word "Armero" is written in large, white, sans-serif font across the center of the red-outlined area. The background is a grayscale aerial view, showing the texture of the city and the surrounding landscape.

Armero



Armero

VOLVER AL MAPA





Culturas

Ministro de las Culturas, las Artes y los Saberes

Juan David Correa Ulloa

Viceministro de los Patrimonios, las Memorias y la Gobernanza Cultural (e)

Luis Alberto Sanabria Acevedo

Viceministro de las Artes y la Economía Cultural y Creativa

Jorge Ignacio Zorro Sánchez

Secretaria general

Luisa Fernanda Trujillo Bernal

Estrategia Armero Territorio Biocultural

Francisco González (líder)

Dirección de Audiovisuales, Cine y Medios Interactivos

Diana Díaz Soto (directora)

Jaime Conrado Juajibioy Cuarán (coordinador)

Grupo de Comunicaciones

Equipo de Publicaciones

Sergio Zapata León

Miguel Mateo Torres Caballero

Manuela Fajardo González

Alejandro Medina

Simón Uprimny Añez

Primera edición: octubre de 2024

ISBN (impreso): 978-958-753-622-5

ISBN (digital): 978-958-753-623-2

Título de la publicación: *Armero Volver al mapa*

De los textos

© Francisco González

© Gabriela A. Arciniegas

© Juan David Correa Ulloa

© Paola Guevara

© Germán Santamaría

© María Antonia León

© De las fotografías

pp. 8, 14-15, 55, 80, 88, 97: Cristina Uribe Durán

pp. 10, 67, 72, 95, 102-103: Francisco González

pp. 18, 23, 26, 29, 32, 85: César Zárate -

Fundación armando Armero

p. 36: Mauricio Morales Pineda (licencia Creative Commons. Tomado de: commons.wikimedia.org/wiki/File:Volc%C3%A1n_Nevado_del_Ruiz.jpg)

p. 41: Dr EG (licencia Creative Commons. Tomado de: www.flickr.com/photos/dr_e_g/6347747402/)

pp. 44, 48, 62: Archivos Nacionales de Estados Unidos

Imagen de guardas: Mapa de Armero. IGAC, 1985.

Agradecimientos: Fundación armando Armero

© Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes
Está prohibida, sin la autorización escrita del editor, la reproducción total o parcial del diseño y del texto de esta obra por cualquier medio o procedimiento.
Está prohibida la venta de esta obra.

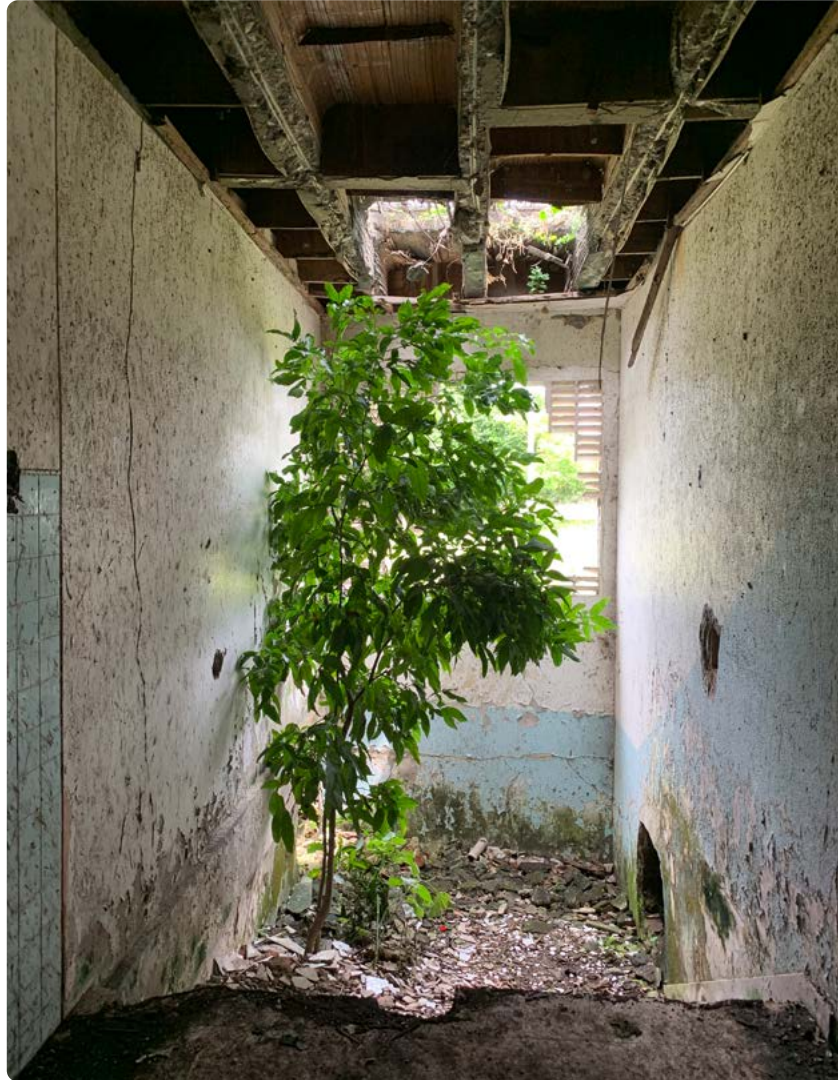
Contenido

- 7 Armero: estado de emergencia
Juan David Correa Ulloa
- 10 Y nos tomaron en serio
Francisco González
- 16 Armero
Gabriela A. Arciniegas
- 18 El Armero que viví
Francisco González
- 36 La noche de la tragedia. 13 de noviembre de 1985
Juan David Correa Ulloa
- 62 Azufre en la piel
Paola Guevara
- 80 Por Armero aún doblan las campanas. 14 de noviembre de 1985
Germán Santamaría
- 96 El oráculo térmico
María Antonia León

Armero: estado de emergencia

Juan David
Correa Ulloa

Es la crítica a la interpretación totalitaria de la realidad la que, en los tiempos de Teodoro Adorno, asumiendo la pretensión del pensamiento en tanto totalizador, ha devenido en dominación y absolutismo, alienación de las relaciones sociales y barbarie, expansión de las relaciones de producción e instrumentalización del sujeto, pérdida de la experiencia y degeneración de la libertad del individuo y, finalmente, desintegración del individuo mismo y la humanidad. Estamos en un estado de emergencia real: para 2070, Colombia podría ser un país no habitable por falta de agua. Los recursos cada vez van a escasear más y más. El futuro es posible solo si atendemos los signos de una época que comenzó hace un siglo largo y uno breve, como pensaba el historiador Eric Hobsbawm del siglo XX, y que nos fue sumiendo en un sistema tan injusto y precarizante que terminó por hacernos creer que estábamos aquí para dominar la naturaleza,



exprimir sus recursos, ser los amos de un pluriverso que, poco a poco, va desapareciendo tras la bruma espesa del cambio climático

Hace casi cuarenta años, Armero, esa esquina del norte del Tolima, fue devorada por un lengüetazo de lava, agua, piedras y barro que en solo unos minutos nos demostró, como sociedad, que la arrogancia humana es tan delirante como insignificante ante la dimensión de la naturaleza. Si hoy Armero pudiera ser símbolo de algo más que el dolor y el padecimiento de miles que quedaron sepultadas, o de los miles que aún caminamos con el sentimiento de incomprensión profunda por lo vivido, es la idea de que siempre es posible mitigar, prevenir y actuar ante la evidencia de los mal llamados “desastres naturales”.

Si no lo hacemos pronto, lamentaremos seguir pensando con la ambición delirante de quien aún cree que vivimos a expensas de un planeta infinito en recursos que hemos explotado, fumigado, desecado y expoliado hasta la saciedad.

Hoy Armero debe convertirse en un símbolo de conmemoración y memoria de una tragedia que pudiera haber sido comprendida y, en consecuencia, asumida de otra manera. A eso se ha comprometido este Gobierno del Cambio, bajo la premisa, también de Adorno, de que “siempre es posible cambiar las cosas políticamente e intervenir en las relaciones de poder para transformarlas”.

Bogotá, septiembre de 2024

Y nos tomaron en serio

Francisco
González

10





El 13 de noviembre de 2023, el Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes inauguró en Armero esta pancarta con fotos de los niños perdidos durante la tragedia. Muchos de ellos fueron robados y enviados al extranjero.

“Lo mismo de lo mismo, no va a pasar nada”. “Vienen, prometen y no vuelven”. “No, yo no voy a perder el tiempo por allá”. Estas fueron algunas de las frases que escribieron personas en redes sociales ante la invitación al Pacto por la Memoria Histórica de Armero y los Niños Perdidos que realizamos el 13 de noviembre de 2023 en Armero Guayabal. Y es que no era para menos: estas frases, cargadas de dolor y pesimismo, eran dichas con conocimiento de lodo, por no decir con conocimiento de causa, porque el lodo y la esperanza atraviesan a los armeritas.

Sin embargo, la esperanza renació en la mayoría de los armeritas que asistieron, los comentarios agoreros perdieron fuerza y llegaron las caras de asombro y de optimismo cuando Juan David Correa Ulloa, ministro de las Culturas, las Artes y los Saberes, tomó la palabra y comenzó a enunciar acciones para recuperar el tiempo perdido. Una de estas era el compromiso de reeditar el libro publicado para los treinta años de la tragedia, al que ningún armerita del común tuvo acceso, pues solo fue repartido en el ámbito oficial.

En 2015, el actual ministro era el director de la revista *Arcadia* y la Fundación armando Armero y yo tuvimos el placer de colaborarle a hacer posible esa publicación que, reitero, no llegó a la población afectada. Muchas veces, la comunidad criticó ese guiño poco decoroso del Gobierno de entonces: se quedaron con la ilusión de recibir ese libro que querían poner en su biblioteca, en su mesa de noche o en la del centro de su sala. Ahora, ese deseo podrá cumplirse. Además, el libro viene ampliado, con nuevos textos y nuevas fotos que dan una visión diferente de lo que era Armero antes de ese 13 de noviembre de 1985, y lo que ha sido desde entonces.

Los problemas de Armero no se solucionan con la publicación de un libro: lo tiene claro el ministerio, la comunidad armerita y lo sabemos todos, pero sí hace parte de los compromisos adquiridos y, con la celeridad que el ministro manifiesta, los problemas se aminorarán y entre todos haremos que Armero vuelva a aparecer en el mapa.

Solo ocho años después el Estado quiere reconocernos como víctimas y por primera vez un representante del alto Gobierno pidió perdón a los armeritas por una tragedia que se hubiera podido evitar. Fue Juan David Correa Ulloa quien lo hizo, en un tono melancólico pero con la fuerza que produce una avalancha de buenas intenciones. Entonces, volvimos no solo a hablar de la ley 1632 de 2013 y del CONPES 3849 de 2015, sino a hacerla cumplir. Y hablamos, por supuesto, del drama de los familiares que buscan a sus hijos, investigación que adelanta la Fundación armando Armero y que llamó *Niños Perdidos de Armero ¡Una causa que nos toca a todos!* A través de rigurosos cotejos de ADN donados por el laboratorio de genética Yunis Turbay, pretendemos lograr reencuentros entre las familias. Estos menores que en 1985 fueron adoptados por conductos regulares o irregulares, o que fueron robados,

llevados a otros países o dejados en Colombia, también tuvieron el respaldo de este Gobierno. El Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) se comprometió no solo a proporcionar el denominado “libro rojo” que reposa en Ibagué (y que guarda información fundamental sobre los destinos de los niños), sino a trabajar de la mano con esta fundación y darle claridad a las dolorosas y angustiosas búsquedas de los familiares.

Así transcurrió la reunión del Pacto: los líderes hablaron, solicitando apoyo y acompañamiento. De los viejos sabios, como cariñosamente llamamos a Fabio Castro Gil y a Jorge Montealegre, recibimos sus sinceras palabras de aliento y de esperanza, no sin antes recalcar que puede ser la última oportunidad histórica que tenemos los armeritas: ya los cuarenta años nos pisan los talones y hay que, por fin, hacer una conmemoración digna por la memoria histórica de Armero.

Los nuevos comentarios en redes después del Pacto apuntaron hacia la ilusión y al reconocimiento, al “gracias”. “Nos sentimos respetados y escuchados”. “38 años esperando a que alguien nos tomara en serio. Y nos tomaron en serio”.



pp. 14-15 Quien visita hoy Armero encuentra las casas, tiendas, colegios y demás construcciones que conformaban el pueblo en ruinas. Poco a poco, los árboles y plantas se han ido apropiando de ellas.





A Soledad Santa, a Omayra y a los 8000 durmientes

Yo te llamo, Soledad
bella estatua de lava, de barro y de llanto
escondida bajo diez metros de río inexistente
tráeme a Omayra, la niña de ojos de enigma
que una mañana fue llamada a sentarse
en un pupitre de escombros
rodeada de niños mudos
entre las lágrimas hondas de la montaña
ven con los dedos arrugados
con el aliento quemado por una madrugada que se derramaba
leche roja
oro derretido
por la teta febril
de la tierra
vengan montadas sobre los caballos
que brotan de la tierra entre las nieblas nocturnas
urdidors lentamente por el canto de los grillos
para pastar una hierba que ya no acaricia el viento

traigan a la muñeca que no despertó del sueño
vengan con los 8000 durmientes
acallen los gemidos de los mutilados
habitantes de esta Pompeya
de esa ciudad sarcófaga
salgan del vientre de la bestia
salgan del gran caldero

Estoy esperando
que un día
como dijo el sabio
el fuego las devuelva
con ojos recién nacidos
mirada antigua
y boca hechicera
como en los cuentos de los abuelos
pero no salen
sino por entre mis lágrimas ardientes.

El Armero que viví

Francisco
González

18



Postal de la vida cotidiana en Armero, en el cruce entre la calle 10 y la carrera 18, antes de que todo cambiara para siempre.

No pocos armeritas nos sentimos incómodos cuando nos preguntan de dónde somos. Unos titubean, gaguean; otros sudan, se ponen nerviosos, tristes o melancólicos. Y la respuesta casi siempre es la misma: “Yo era de Armero”. No respondemos: “Yo soy de Armero”, como hacen la mayoría de las personas que aún conservan su territorio. Sucede algo parecido con quienes han padecido el desplazamiento por causa de la violencia.

El imaginario es lo único que nos queda a los nacidos y criados en Armero. El voz a voz, las historias de los viejos, la memoria oral de quienes sobrevivieron a esa noche del 13 de noviembre de 1985, cuando todo desapareció. Y, claro, las fotografías que se han rescatado y las imágenes que son, una a una, como epitafios de tumbas donde no pudimos enterrar a nuestros muertos.

Los sentidos juegan malas pasadas: los olores, los sabores y los sonidos de un pueblo inexistente se han perdido para siempre. El sentido del tacto es otro. El de la visión se confunde entre ruinas y lápidas simbólicas a las que el

Estas historias se reconstruyeron a través de las voces de Hugo Viana, Armando Parra, Jorge Melo, Fabio Castro Gil, Jorge Montealegre, César Zárate, Carlos Albornoz, Rafael González, Cali Rodríguez, Leticia Rondón, Alfenival Tinoco, Eduardo Rojas, Betty Ramírez, Alfonso Celis, Diego Cortázar, Hernán Darío Nova, Cecilia Santos, Elsy Murillo y Esperanza Tovar, entre muchos otros armeritas, durante sabrosas jornadas de memoria en diferentes ciudades de Colombia, entre el año 2000 y el 2015.

silencio de casi cuarenta años ha cubierto de un manto verde de naturaleza. La falta de territorio nunca se podrá suplir.

Antes de la tragedia

Hubo un tiempo en que los ruidos de las flotas de Rápido Tolima y Velotax pasaban por la carrera 18 o los camperos por las calles 10, 11 y 12. Un tiempo en el que estudiantes de colegios como el Americano, el Carlota de Armero o La Sagrada Familia se sentaban en la esquina de la heladería La Chips, y los ganaderos y agricultores jugaban parques y dominó, y hacían negocios en cafés como el Ancla o el Hawái. Un Armero que, según la intensidad de cada quien, se añora, se recuerda y ha quedado como una huella indeleble en la memoria.

Tratar de evocar e imaginar a Armero es un ejercicio doloroso. La tragedia misma: los niños que salieron vivos del lodo y que fueron regalados, robados y adoptados por conductos regulares o irregulares y hoy se encuentran en cualquier parte de Colombia o del mundo. Las historias de tantos mutilados que hoy no tienen una silla de ruedas decente. La situación de pobreza de miles de damnificados. Y tantas otras cicatrices que el tiempo se niega a borrar.

Cada armerita lleva una ciudad adentro y cada uno ha hecho el duelo a su manera. Sin embargo, cuando se trata de recordar, las emociones ruedan. Este texto, a manera de rompecabezas caprichoso, como un mapa personal, recoge los lugares más emblemáticos y recordados por los sobrevivientes. En jornadas de memoria que realicé con la Fundación armando Armero, entre todos se fue construyendo un recuerdo colectivo que casi siempre comenzaba por el parque Los Fundadores, el ágora del pueblo; el Parque Infantil, lugar de enamorados; el Club Campestre, donde muchos aprendimos a nadar en múltiples sentidos;

el teatro Bolívar, en el que pasábamos noches enteras iluminados por el haz de la pantalla; el hospital San Lorenzo y el psiquiátrico Isabel Ferro de Buendía. Poco a poco, aparecían en los relatos propios y ajenos las esquinas, las discotecas, los colegios, todo.

Muchos dirán que la memoria es caprichosa, y tendrán razón. No hay cómo trazar las líneas de una mano cuando esta ha sido cortada. Sin embargo, me he empeñado en buscar esas marcas en las personas con las que he hablado, para reconstruir con palabras lo que ya no existe de manera física. Armero yace arrasada por una brutal avalancha que arrancó de tajo los sueños de al menos 25 000 personas, pero que aún viven en cada una de las esquinas improbables que aquí se mencionan.

21

Por un santo y un prócer

A finales del siglo XIX, las grandes haciendas ubicadas en las inmediaciones de lo que después sería Armero necesitaban tener cerca a sus trabajadores y de ahí que se hubiera pensado en alzar un caserío. Familias como las de Raimundo Melo, Sinforoso Chacón y Dominga Cano de Rada, entre otras, llegaron en 1895 a la zona en la que después se edificó el pueblo: trazaron algunas calles y ahí se establecieron. Dicen que el general Reyes firmó sobre la espalda de un trabajador el Decreto 1049 del 29 de septiembre de 1908 para bautizar al nuevo municipio como San Lorenzo. Nadie sabe por qué se hizo un emplazamiento en el lugar donde habían ocurrido dos avalanchas documentadas: la de 1595, por Fray Pedro Simón, y la de 1845, por viajeros del siglo XIX. Nadie recordó entonces que se estaba construyendo sobre una zona de riesgo.

En 1930, la Asamblea del Tolima decidió cambiar el nombre por el de Armero, en honor a José León Armero, prócer nacido en Mariquita en 1775. Y ahí comenzó esta historia. Como ocurre en muchos lugares, la industria permitió que el pueblo creciera y se elevara

a municipio. Mediante el Decreto 106 del 11 de noviembre de 1930 se nombró al primer alcalde, el liberal Jorge Ferreira. Debido a la actividad comercial, principalmente ganadería y cultivos de algodón y de arroz, y a la fertilidad de una tierra asentada sobre el lecho de varios ríos, Armero comenzó a ser un foco de migración muy importante en el país. Según un informe de la Cámara de Comercio de Honda, citado por Hugo Viana Castro, más de cincuenta extranjeros llegaron al pueblo apenas cinco años después de fundado. Ciudadanos de Rumania, Siria, Alemania, Inglaterra, España, Francia, Estados Unidos y México aterrizaron en Armero, un pueblo que desde entonces no paró de crecer.

Choferes de avionetas y algodón

Los pilotos alemanes llegaron a Armero pasada la Segunda Guerra Mundial, pues ya el municipio era famoso por la instalación de la Granja Experimental Agrícola desde 1934, cuando se vio la necesidad de impartir y dedicar un estudio sistemático para el avance de la industria agronómica y animal. Debido al rápido avance de cultivos como el algodón, una década después fue necesario fumigar con aeronaves una zona que se convertiría en la capital blanca de Colombia. Cuenta la historia que el capitán Hans Hoffman, en un Piper modelo J-3 Cub, de sesenta y cinco caballos de fuerza, inició la fumigación animado por don Martín Delgado, propietario de un cultivo que estaba siendo devorado por el gusano de Alabama.

De ahí en adelante, el cielo de Armero se llenaría de pilotos y avionetas que cernían el arseniato de plomo sobre extensos sembradíos. Después de la primera época en los años cincuenta, llegarían oficiales retirados de la Fuerza



Las instalaciones de la Federación Nacional de Algodoneros se encontraban en la carrera 18 con calle 20. La pujante industria algodonera le valió a Armero el mote de "Ciudad Blanca de Colombia".



Aérea, como el mayor Rafael Millán. Los jóvenes, entusiasmados con la idea de volar, se convirtieron en versátiles pilotos, entre ellos Pablo Díaz, Fernando Rivera, Rafael Mendieta, Juan Antonio España, Carlos Gaitán y, por supuesto, el loco Jorge Montealegre, que pasaba por la mitad del pueblo atravesando la iglesia y sobrevolando el Club Campestre. En Armero se instalaron importantes empresas de aviación como Cofa, EFA, Cayta, Helicol y AR.

Parque Los Fundadores, centro de la vida armerita

En el corazón de Armero se encontraba el parque Los Fundadores, en lo que antiguamente era la plaza central de mercado, que funcionaba los domingos y donde los comerciantes ponían toldos para vender su mercancía. Como en cualquier pueblo colombiano, el parque era el centro de intercambio de innumerables costumbres y tradiciones. Quedaba ubicado entre las calles 11 y 12 y las carreras 14 y 15. En el costado occidental, estaba la iglesia San Lorenzo, al lado del almacén Caperucita Roja y la heladería España. En el costado norte, haciendo esquina, la Oficina de Circulación y Tránsito, la cárcel y el restaurante chino. Por el costado oriental, la Caja Agraria, el edificio de Pompilio Tafur y la agencia de productos Philips. En el costado sur, funcionaba el Banco Cafetero y, en la esquina de la calle 11, el Hawái, uno de los cafés más tradicionales de Armero, donde se tomaba tinto en la mañana y cerveza en la tarde.

Árboles altos y frondosos, como la ceiba grande, que en los ochenta tenía unos cien años, o el Arizá, con sus macetas de flores rojas, cubrían el espacio con su sombra. También había mamoncillos, cambujos y gualandayes, que recordaban la letra del bambuco: “Rojos se ponen los cambujos, azules los guayandales”. Todos ellos permanecían rodeados de pájaros llamados “pechipaloma” o de tórtolas, collarejas y azulejos.

En sus sillas de cemento, y bajo el refugio de los árboles, se extendían charlas amenas. Las tardes de domingo, el parque se llenaba con la presencia de las familias que lo atravesaban para dirigirse hacia la plaza de mercado o hacia el pabellón de carnes y, cómo no, fieles a su tradición católica, hacia la iglesia. Una vez salían de misa, disfrutaban de los raspados, helados y bebidas que se vendían en el parque. Las tardes podían de repente interrumpirse con un acto callejero de payasos o títeres, que entretenían a los niños a cambio de algún centavo.

En el parque se realizaban actividades religiosas (en la década de los sesenta, por ejemplo, para el mes de junio, el Corpus Christi) y bazares para recolectar fondos destinados a la iglesia y a otras obras comunes del pueblo. Hacia 1978, a un costado del parque se construyó la tarima que servía para las presentaciones y los discursos políticos.

25

Hospital San Lorenzo, una pérdida invaluable

Del hospital quedan algunas ruinas que pueden verse aún hoy cuando se pasa por la carretera que conduce a Ibagué, Líbano, Honda y Cambao. El edificio tenía tres pisos. En el primero, funcionaba la parte administrativa; además, por un costado, había salones grandes para caridad y, en una zona más moderna, la sala de cirugía. En el segundo piso, estaban hospitalización, ginecología y sala de partos; y, en el tercero, habitaciones con capacidad para albergar a unas quince o veinte personas. Estaba clasificado como institución de tercer nivel, lo que significaba que no solo atendía urgencias sino que contaba con especialistas, como los doctores Lisardo Moreno Sánchez, Luís Ernesto Guzmán Arciniegas, Juan Antonio Caipa y Romilio Solano.

El San Lorenzo se construyó en la década de los veinte y poco a poco se fue remodelando. En su etapa inicial, contaba con dos amplios pabellones que cubrían



El hospital San Lorenzo, clasificado como institución de tercer nivel, atendía a pacientes de los corregimientos y municipios cercanos a Armero. Estaba ubicado en la carrera 14 con calle 10.

las áreas básicas de cirugía, maternidad, consulta externa y urgencias, prestando el servicio a pensionados en el ala norte y caridad en el ala sur. La arquitectura, como la de muchos otros hospitales del país, fue influenciada por la escuela francesa. La administración estuvo en un principio a cargo de una comunidad de religiosas. Ellas desarrollaron, con gran dedicación, el campo de la enseñanza de primeros auxilios en enfermería, instrumentación y otras actividades paramédicas y sociales.

Fue hacia la década del cincuenta que se realizaron algunas mejoras a las instalaciones del hospital: se construyó la capilla, cuartos con baños para los pacientes, una sala de pagos y una infantil, y dos farmacias. Además, hubo dotación total para la sala de cirugías y se embelleció el edificio. A inicios de esa década llegaron también los médicos que marcarían toda una escuela en la medicina de Armero: recién egresados de la Universidad Nacional, se instalaron en la cabecera municipal los doctores Enrique Barreto Ferro, Pedro Emilio Melo Miranda, Romilio Solano, Jorge Zárate, Pedro Ignacio Silva y Nelson Restrepo Martínez, su último director.

El hospital había logrado, hasta el 13 de noviembre de 1985, constituir un modelo de cobertura en asistencia social, pues permitía atender los problemas de salud de todos los estratos sociales, no solamente del casco urbano, sino de los corregimientos y municipios vecinos que lo requerían.

Hospital psiquiátrico Isabel Ferro de Buendía, atención de primer nivel

Este hospital, cuyo nombre le rendía homenaje a una mujer dedicada y preocupada por las problemáticas de salud mental en la región, fue creado por

el Ministerio de Salud y construido en la década de los setenta. Ubicado en Armero por su estratégica situación geográfica, era el único de la zona que atendía a pacientes con discapacidades mentales.

Cuando se planteó la apertura del hospital, la mayoría de la población se opuso, pues creía que Armero iba a llenarse de enfermos. Fue necesario, entonces, concertar y demostrar que su apertura traería más beneficios que problemas. El “mental”, como lo llamaban, acogió a varias generaciones de practicantes de Psicología y Medicina, y se convirtió poco a poco en el centro de atención para todos los habitantes del norte del Tolima y de los municipios circunvecinos de Caldas y Cundinamarca.

Uno de los doctores más recordados que trabajó en el hospital fue el doctor La Rota, quien desde los inicios atendió a los pacientes con mucha sapiencia. Se recuerda también la labor del doctor Jairo Luna Acosta, un psiquiatra joven y abierto a hablar con la gente; con él se pudo hacer un puente para que la comunidad entendiera que el hospital en ningún momento se convertiría en una afrenta a la comunidad sino en un bien para ella. Es cierto también que, de cuando en vez, los pacientes se volaban del hospital para darse un paseo por las calles de Armero.

Hacia finales de 1974, las autoridades de salud del departamento del Tolima solicitaron a la Pontificia Universidad Javeriana su apoyo para la evaluación y elaboración de una propuesta de reestructuración del hospital. De acuerdo con el diagnóstico de la época, se enfatizó en la atención primaria en salud mental y en los esquemas de psiquiatría comunitaria. El hospital funcionó hasta el 13 de noviembre de 1985, cuando murieron ochenta y dos pacientes, así como casi todos los médicos, enfermeras, psicólogos, terapeutas ocupacionales y residentes de psiquiatría.



El teatro Bolívar, ubicado en la carrera 16 con calle 10, fue uno de los centros de ocio de los armeritas. Ahí se proyectaron películas hasta el día de la tragedia.

El teatro Bolívar y sus cortinas con olor a nicotina

En un bello edificio de tres plantas propio de la arquitectura de los años cincuenta, funcionó el teatro Bolívar, en el cruce de la carrera 16 y la calle 10. Con alegría, los habitantes de aquella época pudieron ver las películas mexicanas de Tin Tan, el Indio Fernández y Cantinflas. Se trataba de un típico teatro de la época, tapizado con cortinas rojas, mecidas por los ventiladores que acompañaban las proyecciones vespertinas y nocturnas. En los años cincuenta ocurrió un incendio que por poco lo desaparece, pero para fortuna de los armeritas fue reabierto a los pocos días.

Para cada función se hacían los preparativos necesarios y aquello era toda una fiesta con crispetas y con la gaseosa preferida de los armeritas: La Bogotana. Por supuesto, como en aquel tiempo era permitido fumar al interior del recinto, los espectadores compraban los cigarrillos antes de entrar. Una vez iniciada la función, sus elegantes cortinas empezaban a desprender el olor a cigarro. A las afueras del teatro, la gente recuerda a Don Ignacio, quien vendía sus famosos helados con crema de leche, y a una señora de edad a quien podían comprársele chuzos de carne de la mejor calidad.

Pero al Bolívar no solo se iba a cine; también tenían lugar ahí actos de beneficencia en los que muchas veces el público se estremeció con la voz frenética de Gilma Ávila Guzmán, cuando declamaba poesías de corte popular, como “El duelo del Mayoral”, “El seminarista de los ojos negros”, “A solas” o “El brindis del bohemio”.

Son varios los armeritas que aseguran que el 13 de noviembre de 1985 se presentaba el film *Los últimos días de Pompeya*. Luego de verla, Charcas, un habitante de Armero, llegó consternado al café Ancla y dijo: “Eso de Pompeya nos puede suceder a nosotros”.

El Parque Infantil, donde un beso sabía a beso

Con una arquitectura modernista que se reflejaba en los arcos de su plazoleta y en su alumbrado de mercurio, el lugar tenía en el centro una fuente con piso de baldosín y una pileta central de donde emergían veintiún astas que portaban banderas de países latinoamericanos y la de Armero. Fundado a finales de los cincuenta con el nombre de Jorge Eliécer Gaitán, el parque sirvió como atracción para una gran feria de exposición de maquinaria, productos agrícolas y ganadería que se llevó a cabo en el pueblo, cuando fungía de alcalde el coronel Miguel Rodríguez. Estaba ubicado entre las carreras 21 y 22 y entre las calles 10 y 11, junto a la escuela de mismo nombre.

No era Disneylandia, pero para los niños armeritas fue todo un polo de entretenimiento gracias a sus columpios y rodaderos. Allí se podía montar en triciclo o bicicleta y, a escondidas de sus cuidadores, los niños daban vueltas y vueltas. También era una gran diversión para los pequeños observar a los animales, pues el parque tuvo un pequeño “zoológico” alegrado principalmente por los sonidos de los loros criollos, guacamayas, cotorras, papagayos, arrendajos y toches, que vivían en jaulas, una de ellas atravesada por un árbol inmenso donde habitaban varios búhos que poco se dejaban ver durante el día. Había igualmente babillas, tortugas, armadillos, osos hormigueros, chimpancés y unos micos burlones que hacían con sus dedos morisquetas en la nariz. En una época, la atracción principal fue una nutria que los niños admiraban con ternura, y un tigre empeñado por un circo que lo abandonó allí por problemas de impuestos.

Adornaban el parque rojos cámbulos y coloridos gualandayes, acacias amarillas y rojas y unos preciosos bambúes. Ahí donde se encontraban las enredaderas con copos amarillos llamados lluvia de oro, se decía que era el lugar de encuentro

El Parque Infantil, hogar de diversiones para los niños y refugio de los enamorados, quedaba ubicado entre las calles 10 y 11 y las carreras 20 y 21.



de los enamorados. Pues el parque no solo fue hogar de diversiones infantiles: también fue testigo nocturno de muchos primeros besos de parejas de enamorados que, sentadas en sus bancos de cemento, se dejaban llevar por los llamados de sus labios.

Club Campestre de Armero: ocio para todos

En muchas ciudades colombianas hay clubes sociales en donde las élites económicas se reúnen en busca de esparcimiento. El Club Campestre de Armero, por el contrario, permitió el ingreso de diferentes miembros de la comunidad, pues solo bastaba la invitación de un socio para que cualquier persona, sin importar su origen social, pudiera disfrutar de sus instalaciones.

El club se inauguró por la bonanza del algodón, que impulsó a algunos armeritas a crear un lugar de reunión y recreación para los habitantes del pueblo. Ubicado en la carrera 18 entre calles 4 y 3, contaba con una cancha múltiple para torneos de tenis, baloncesto y microfútbol, dos canchas de tejo y salones en donde se dictaban clases de gimnasia. Además, había dos piscinas, una semiolímpica de 25 por 12,50 metros y una infantil. Las competencias de natación, en donde se formaron algunos campeones nacionales, fueron siempre motivo de orgullo.

Su mayor atracción eran los salones sociales, las mesas de billar y de ping pong, el restaurante (en donde las golosinas más pedidas por los niños eran los helados de galleta y la soda con limón) y la taberna. Para las fiestas, el club y sus asistentes se vestían de gala. Eran especialmente famosas la fiesta de Navidad, la del 28 de diciembre (un gran agasajo de disfraces), la del 31 de diciembre y la del 6 de enero. También había fiestas de quince años y, por supuesto, matrimonios. Todas ellas contaban con la participación de algunas de las mejores orquestas de la época,

como Los Hispanos, Los ocho de Colombia o el tradicional conjunto musical de Armero Las águilas del norte. Otro de los entretenimientos habituales eran las presentaciones de grupos como las Danzas de Armero y la tuna del colegio La Sagrada Familia, que animaban cenas y otro tipo de eventos.

Vale la pena anotar que algunas de las esposas de distinguidos socios del club fueron las gestoras de obras sociales y, junto con la ayuda del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, apoyaron la creación de La Guardería, un proyecto con sede propia destinado a albergar y proteger niños desamparados.

Las palmas, los árboles de mango, los arbustos de acerolas que rodeaban la cancha de tenis o el árbol de ciruelas junto a la piscina señalando al cielo seguirán en la memoria de todos los que alguna vez estuvieron en el Club Campestre de Armero.

Iglesia de San Lorenzo, corazón de la vida religiosa

La baldosa que conducía al atrio fue lo único que dejó la avalancha. Nunca se volvieron a oír las misas cantadas, ni los sermones, ni los aleluyas; tampoco pudieron admirarse más las tres naves donde estaban san Lorenzo, san Judas Tadeo, san Roque, san Martín, la Virgen del Carmen y la Inmaculada Concepción; ni ver a los niños impecablemente vestidos de blanco, quienes, de la mano de sus padres, esperaban con ansias la avena helada o el raspado de colores a la salida de misa. Ausentes también están las madres que llevaban elegantes pañoletas, los señores de pantalón largo y camisas almidonadas y las bellas armeritas de piel bronceada, que asistían sin falta a alguna de las tres misas que se hacían a diario.

En 1951, tras dos décadas de construcción y planeación, la iglesia de San Lorenzo había sido inaugurada. Se hizo bajo la misión de José Jesús Fernández, un sacerdote

de temple, carisma y espíritu liberal, que le imprimió una nueva dimensión a este espacio de culto ensombrecido por los hechos de sangre de 1948, cuando su párroco principal, Pedro María Ramírez, fue asesinado el 9 de abril, tras el magnicidio del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán.

El guardián del cementerio

Es paradójico que el único lugar de Armero que resultó intacto tras la avalancha haya sido el cementerio. Estaba ubicado sobre una loma y muchos se salvaron aquella noche porque alcanzaron a llegar hasta ahí. Como la topografía varió por la avalancha y por la ausencia del tejido urbano, ya no se distingue la proporción de altura, pero antes del 13 de noviembre de 1985, los armeritas *subían* al cementerio. Y si bien la colina no era tan empinada, se decía que si el muerto pesaba mucho o no había sido una personalidad importante, era preferible subirlo en la carroza fúnebre.

El cementerio de Armero, como en la mayoría de los pueblos de Colombia, era un sitio especial. En la entrada había un ángel que daba señales de bienvenida; tenía las alas abiertas y, con la mano derecha levantada hacia sus labios, pedía silencio. Un silencio cómplice, como diciendo que protegería a quienes se le acercaran. Del cementerio, debido al constante saqueo, ya no queda lápida de mármol ni de piedra. Como si fuera poco, el ángel guardián desapareció hace diez años. Por el peso de sus alas, como el albatros de Baudelaire, es imposible que haya volado.

Una de las tumbas más antiguas que permanecen es la de uno de sus fundadores: Pedro Miguel Samper (1895-1927). Cuatro palmas la rodean.

La noche de la tragedia

13 de
noviembre
de 1985

Testimonio
del doctor
Juan Antonio
Gaitán

36





Vista del volcán nevado del Ruiz, que el 13 de noviembre de 1985 entró en erupción y ocasionó una avalancha que arrasó Armero.

Mi nombre es Juan Antonio Gaitán.

Me fui de Armero en el año 81 a especializarme en cirugía en Alemania, en la ciudad de Dresde. En ese entonces, mi papá era una persona ya de edad y por eso yo tenía muchas dudas de irme. Siempre me acuerdo de que me dijo: “Mire, nunca amarre su vida a la de nadie: no amarre su vida, que está comenzando, a la mía, que está terminando. Solo le digo una cosa: cuando acabe, venga y me trae el diploma, porque yo quiero colgarlo en mi estudio”.

En Alemania decidí que tenía que acabar mi especialización rápido, y por eso jamás tomé vacaciones. Quería cumplirle la palabra al viejo, así que lo que había que hacer en cinco años lo hice en cuatro. En ese tiempo me casé con una enfermera e instrumentadora alemana llamada Marion Kemper. Ella era de Alemania Democrática, así que para poder casarnos y venir a Colombia, cuando yo ya había terminado, hubo que pedir permisos al Gobierno, y en

Este texto apareció por primera vez en el libro *El barro y el silencio*, de Juan David Correa Ulloa, publicado por Seix Barral en 2010. Es el resultado de conversaciones mantenidas por el autor con el doctor Juan Antonio Gaitán en mayo de 2010.

el año 85, en octubre, salieron. Ella estaba en el octavo mes de embarazo. La idea era venir a tener el bebé aquí en Colombia y después devolvernos a Alemania a vivir. Cuadré todo muy rápido, dejé mi residencia lista y mi idea era traerle al viejo el diploma y presentarle al nieto. Queríamos pasear un poco, quedarnos tres meses y luego regresar. Teníamos pasaje para el 28 de noviembre. El problema era que para ese día probablemente el bebé ya hubiera nacido y se nos trastocaban los planes. Así que me fui a la embajada, donde estaba la pianista Teresita Gómez de agregada cultural, para ver si había alguien que quisiera cambiarme los pasajes para el 28 de octubre. Teresa, casualmente, tenía pasajes para ese día, y decidió cambiármelos sin problema.

Llegamos a Bogotá ese día, fuimos al médico y nuestro plan era pasar una semana más viendo a los amigos y a la familia. Cuando me fui de Colombia, no habían terminado de construir el Palacio de Justicia. El 6 de noviembre quedé en encontrarme en el centro con una buena amiga, Mónica Zárate, también de Armero, que en ese entonces era la secretaria privada del alcalde Rafael de Zubiría. Sin embargo, llegué más temprano de lo previsto, como a las 10:00, y decidí entrar a conocer el Palacio. Como a las 11:05 estaba yo mirando el *lobby* y comencé a escuchar balazos. De inmediato empecé a correr y alcancé a salir justo cuando estaban cerrando las puertas. Corrí y fui a parar a la décima. Obviamente no llegué a la cita. Me fui hasta la Universidad Javeriana, donde otro amigo ortopedista, y le conté. Él prendió el televisor y me dijo: “Pues mire de la que se salvó”. Mi papá me llamó esa misma tarde, preocupado, y me pidió que me fuera para Armero, porque la situación se iba a poner fea y, con mi esposa embarazada, no era el mejor lugar para estar. Decidí irme.

El 6 y el 7 nos enteramos de todo y decidimos que nos íbamos a quedar en Armero tranquilos. Fueron días familiares. De paseos. Yo tenía que estar otra vez en Bogotá el 14, madrugado, para el chequeo de Marion. Pero estábamos tan contentos que llamé al ginecólogo y le pregunté si había algún problema en que nos viéramos el lunes 18, para poder pasar el fin de semana con la familia. Me dijo que todavía nos faltaban como dos semanas para el parto, así que no me preocupara, que me quedara tranquilo. Mi hermano, que vivía en Bogotá con su esposa, que acababa de salir de un cáncer de útero, decidió entonces ir hasta Armero el 13 por la mañana para que celebráramos que estábamos juntos otra vez desde hacía mucho tiempo.

El 13 fue un día normal. Por la tarde comenzó a caer ceniza. Yo me encontraba con los amigos en la calle y preguntaba: “Bueno, ¿y esta vaina qué es, de qué se trata?”, pero todos, desde mi papá, decían que era el viento que estaba trayendo la ceniza del volcán. Él llevaba viviendo en Armero desde 1928, así que no había razón para dudar. La gente comenzó a hacer chistes, que al otro día tocaba lavar los carros, y nadie se imaginaba que un volcán tan lejano podía afectar al pueblo. Cuando anocheció, me acuerdo de que había un partido de fútbol. Lo vimos y me acosté a dormir. Yo había traído un perro de cacería de Alemania para regalárselo a mi hermano. El perro se acostó a mi lado, tranquilo, normal, sin presentir nada. A eso de las 11:05 me despertó mi hermano. “Juan, Juan, levántese que esto está como raro. Está cayendo mucha ceniza”. Le dije: “Bueno, voy a preguntarle a mi papá a ver qué es lo que pasa”. Me levanté y busqué a mi papá. “Papi, ¿qué está pasando? Esto es muy raro, no para de llover y además hay mucha ceniza”. Él me pidió que alcanzara la linterna, porque justo cuando se levantaba, se fue la luz. Salimos a la calle y todos los vecinos estaban allí. Me encontré con la vecina del frente, Mercedes Ramírez, y le

dije, “Merceditas, ¿qué es lo que está pasando?”. Yo en ese momento era completamente ignorante de lo que podía estar ocurriendo: no oí nada de que saliéramos, ni nada de advertencias. Si alguien dijo algo, le doy gracias a Dios de no haberlo oído. Hoy me hubiera pesado mucho y aún estaría preguntándome por qué no hice algo.

De repente, de vuelta a la calle, miré al asfalto y vi agua negra corriendo, agua como petróleo, no como cuando llueve y se ve agua café; no, agua negra, oscura. En ese momento empezó a sonar todo como si estuviera temblando: pum, pum, pum. Durísimo. ¿Y está vaina?, pensé. Hoy analizo: si ve que un perro viene, usted corre porque lo va a morder; si viene un toro, lo va a embestir, o un tipo furioso con un machete, lo va a atacar; pero cuando usted no sabe qué es lo que pasa, lo que viene, no hay susto; hay una incertidumbre tremenda. Me volteé y mi papá me dijo: “Juancho, ¿se acuerda que le conté lo de la inundación en el año 51? Eso es lo que va a pasar. Camine pa la casa”. Miré hacia arriba y sí vi algo como negro. Seguí pensando: pero esta vaina como tan rara. Todos los vecinos se entraron a las casas pensando que se venía la inundación. Mi papá me pidió que lo ayudara a recoger una alfombra que cuidaba mucho mi mamá porque se podía mojar. El ruido se hizo más intenso. Era como estar dentro de una turbina de avión. Con mi papá empezamos a hablarnos a los gritos. Entonces sentí el bombazo. Un estallido tremendo. En ese momento yo no era consciente de dónde estaban mi mamá ni mi esposa ni la empleada

A pesar de que algunas voces habían advertido que el volcán podía entrar de nuevo en erupción, las autoridades no hicieron nada al respecto y alrededor de veinticinco mil armeritas perdieron la vida aquel 13 de noviembre de 1985.



del servicio. Mi papá, que ya tenía ochenta y pico, estaba a mi lado. De repente, algo nos tumbó al suelo y nos empujó hacia el fondo de la casa y por un corredor hacia el cuarto. Nos empezó a meter y comenzó a subir de nivel. En Armero, los techos eran muchísimo más altos que las puertas. Yo sentí que algo pasó por el techo y mi papá dijo: “Uy, carajo”. Ahí me di cuenta de que me había quedado con su brazo en la mano. Se desprendió del cuerpo. Ese algo me estampó contra el techo. Como yo tenía la idea de que la puerta estaba por debajo, y de que eso era agua, intenté consumirme y salir por el dintel. Sin embargo, comencé a sentir una presión tremenda y luego ¡bum! salí y pude respirar. Oí a mi mamá buscándome: “Juancho, Juancho”, y yo:

—¿Qué pasó, mami?

—¿Y su papá?

—Yo creo que murió.

—Juancho, tranquilo, valor, que de esta salimos.

No me pidió ayuda, solo me dijo eso. Pensé: esta vieja berraca, en las que estamos y me dice valor, Dios mío. Comencé a sentir que ese algo sobre el que yo estaba se empezó a mover. No supe muy bien qué fue lo que le pasó a mi mamá después de esa conversación. Hoy lo sé porque la empleada del servicio estaba con ella, y está viva y trabaja conmigo en la clínica. Ella me dice que las dos iban abrazadas y que mi mamá de pronto se le soltó. Quedó a una cuadra de la casa. Yo quedé a dos. Me dijo: “Don Juan, cuando eso entró, atrás de ustedes estábamos su esposa, su mamá, el perro y yo”. El perro también se salvó.

Empecé a bajar, con la cabeza por fuera del barro y, cuando la agachaba, veía luces pasando por debajo. Eran los carros que venían bajando con la avalancha.

Eso no se puede comparar con nada. Nada que uno haya visto se parece. En un momento vi a mi derecha la torre de la iglesia, al lado de mi cabeza. ¿A qué altura venía yo? Solo pensaba: ¿y esta vaina qué es? De un momento a otro comencé a caer, una ola me botó lejos. Algo me alumbró, vi una pared y me estrellé. La pared me cayó encima. Quedé espichado. Todo se tapó. Todo se hizo oscuro. Comencé a sentir que se me acababa el aire. En ese momento pensé: Dios mío, hágase tu voluntad. Sentí un pitido. No debió haber sido mucho tiempo porque al rato ya estaba otra vez respirando, como cuando uno sale de haber aguantado mucho aire bajo el agua. Comencé a respirar. Uno, dos, uno, dos. Ahí, ya solo me importó mantenerme a flote respirando. No me acordaba de nada ni de nadie. De pronto sentí algo que me cortaba en el muslo. Pensé: uy, me quedé de tío. Me fui de frente contra algo. Y, suaz, un quemonazo y seguí bajando. Sonaba durísimo, como una turbina de un avión. Y en esas, todo se quedó quieto, quieto. Estamos hablando de que no habían pasado más de cinco o diez minutos. Lo que hice fue mirar para arriba. ¿Con qué comparo esto?, pensaba. Yo seguía con la idea de la inundación, quizá por lo que había dicho mi papá minutos antes. ¿Y esto como por qué o qué?, me decía a mí mismo. Quieto, quieto y, de pronto, el río se fue apaciguando, y del ruido estruendoso al silencio absoluto no pasaron más que segundos. Sentí barro en los ojos. Por allá alguien gritó:

—Aquí estoy yo, ¿quién quedó por ahí?

Grité:

—Yo.

—¿Usted dónde está?

Moví la mano.



De muchas construcciones de Armero tan solo quedaron visibles sus techos. El resto fue consumido por el lodo.

—Aquí, aquí, aquí.

—Ahí va un palo pa que lo coja, pa jalarlo —me dijo.

—Listo.

Pum, me lo clavó en la cabeza.

—Pare, pare —le grité—. Pare que me lo clavó en la cabeza, pare, pare —le insistí.

Y el señor respondió:

—Listo, listo.

Me jaló y me sacó a un sitio. A gatas pude sentarme sobre algo. Cuando me toqué el abdomen, me sentí un palo. Lo tenía clavado; me atravesaba por la tetilla y me salía por la espalda. El quemonazo que había sentido, pensé. En ese susto tan macho, no tuve tiempo de pensar lo que había sido. Tenía el reloj puesto. Vi la hora. 11:29. No había pasado nada de tiempo. El tipo se me acercó:

—¿Usted cómo se llama?

—Juan Gaitán. ¿Y usted?

—Alfonso.

En ese momento volví a tocarme el palo. Ay, jueputa, esta vaina me atravesó. Miré que el palo no tocara el tórax. Ay, Dios mío, ¿qué fue lo que me pasó?, dije. Ahí me acordé de que yo era médico. Me toqué el pulso. Lo sentí normal. No había lesión en la arteria. Me entró el pánico más tenaz, me entró culillo. Sabía a qué me estaba exponiendo. Sentía algo caliente bajándome por la barriga. Me toqué y probé. Todo me sabía a barro.

—Venga, chino, sáqueme este palo —le dije a Alfonso.

—No sea güevón.

—¿Y cómo me lo voy a dejar ahí? —le contesté, pensando en que si me lo sacaba podía desangrarme, o infectarme peor. Pero le insistí—. No, chino, sáqueme ese palo de ahí.

—No, no, no, eso déjeselo quieto, que mañana vienen y nos rescatan y le sacan esa vaina.

—No, yo no espero hasta mañana. Mire que es medianoche, está todavía muy oscuro. Deme un chiro o algo que yo me voy a sacar ese palo, y tengo que meter presión en esa vaina.

—No, no tengo sino el pantalón —me respondió.

—Pues quíteselo.

—Me da pena.

—Cuál pena, gran pendejo, mire donde estamos, cuál pena le va a dar. Quítese ese pantalón, hombre, deme ese pantalón.

—¿Qué va a hacer con él?

—Hacerme compresión ahí cuando me saque el palo.

—No, no, no, no, no.

—¡Que se lo quite, pendejo!

—Bueno, bueno, bueno, pero voltéese pa'l otro lado.

—No me joda.

Entonces me saqué el palo. Ay, jueputa, el ardor. Cogí el bluyín de Alfonso, me lo metí entre el tórax y el brazo y me hice compresión. Comencé a poner cuidado a

ver si seguía saliendo algo caliente y nada. En ese momento comenzaron a arderme los ojos. Comenzó a llover y me puse a mirar hacia arriba para que el agua me los lavara. Pensaba: esto es el apocalipsis, esto es el fin del mundo.

Después de eso empezamos a ver un montón de luces que se prendían, gente que gritaba, aullidos, alaridos todos espeluznantes; una señora no paraba de decir: “¡Auxilio, socorro, tengo una teja metida entre el estómago, se me está saliendo todo!”.

Al otro día la encontré muerta con todo el contenido intestinal por fuera.

—Alfonso, ¿y esta vaina?

—Doctor, eso fue el volcán.

—No jodás.

—Mire, doctor, mire esas luces.

Cuando él me dijo volcán, yo me imaginé lava.

—No, hijuemadre, aquí sí quedamos como salchichas fritas en un sartén en donde se venga esa lava.

Y ahí comenzaron a explotar cosas y a verse llamaradas. Entonces me di cuenta de que eran los tanques de gasolina. Era horroroso. Cada vez que estallaba algo, había gritos de gente quemándose. No se veía nada. Solo la llamarada y el grito.

—Bueno, Alfonso, ¿pa dónde cogemos?

—No, doctor, no hay pa dónde.

Alcé la cabeza y vi luces de carro arriba en la carretera.

—Alfonso, esto no es el apocalipsis, solo fue aquí en Armero. Mire que allá se ven carros.



Frente a mí, una señora comenzó a quejarse. Estaba muy cerca de nosotros. Toqué en lo que estaba sentado y me di cuenta de que eran las tejas de una letrina porque justo debajo pude palpar un rollo de papel higiénico.

—Doctor, doctor, ayúdeme, no siento las piernas.

—Ay, pero yo cómo, si estoy más jodido que usted.

—No puedo mover las piernas —insistió—. No me duele nada pero no siento del ombligo para abajo.

Al otro día supe que tenía una fractura abierta de columna con exposición de la médula. Nada qué hacer.

Y empezaron los gritos otra vez. Era como la 1:00 de la mañana. ¿Y ahora qué hago?, pensé. Pude hacer una cosa que jamás he podido volver a hacer y fue dejar la mente completamente en blanco. No dormí. Puse la mente en blanco. Dejé de escuchar y de sentir. Me senté y sin cerrar los ojos me alejé de todo.

Cuando comenzó a amanecer, vi que no había otro color distinto al gris.

—Alfonso, Alfonso, mire, hay un poco de gente —le dije.

—Quihubo, ¿ya se despertó, mi doc?

—No, si no estaba dormido. Estaba callado.

—Ah, como no me contestaba.

Gente por todas partes. Por las montañas. Me comenzó otra vez el pánico. ¿Qué era lo que iba a ver ahora?, pensé. Lo primero que vi fue a Alfonso:

Vista aérea de Armero tras la
avalancha de lodo del 13 de
noviembre de 1985.

—Ah, qué hubo, chino, gracias por el palazo que me dio —me reí.

La señora, con la columna destrozada. Pobrecita. Por todos lados, barro. Me vi. Me quedaban el reloj, la argolla de matrimonio y una cadena que mi mamá me había regalado. Alcé la mirada y me di cuenta de que la montaña que iba para el Líbano estaba intacta, verde.

—Alfonso, mire, mire.

—Uy, ya sé, doctor.

—Ya sé ¿qué?

De pronto nos callamos. Vimos a la señora que había gritado lo de las tejas muerta, encima de ellas, doblada, cercenada. Vimos el paisaje gris. Las partes de los cuerpos. Un sofá sobre el que un perro ladraba. Niños llorando. Y sin aviso, una avioneta.

—Alfonso, nos van a rescatar —le dije.

Apenas se fue la avioneta (que era la de Fernando Rivera, quien avisó de la avalancha por Caracol), comenzó un correo humano que era más o menos así:

“Aquí estoy yo, Alfonso tal”.

Y alguien por allá.

“Papá, acá estoy yo”.

Y así.

Alfonso, mediante ese método, encontró a su familia. Entonces le pedí que gritara por mí. Pasaron los minutos. Nada de respuesta. Bueno, pensé, no quedó nadie.

Como a las 9:00 de la mañana le dije a Alfonso:

—Venga, usted ya encontró a su familia, váyase con ellos, y cuando pueda se devuelve y me saca.

El lodo nos tapaba las piernas ahí sentados.

—No, doc, yo no lo dejo acá. Yo no me voy —me contestó.

—Váyase, hombre, váyase.

—No, solo no lo dejo.

En eso se levantó a seguir gritándole a su familia y, pin, lo empujé.

—Lárguese —le grité—. Y traiga a alguien que me ayude.

Alfonso se recuperó y comenzó a saltar entre el lodo, de escombros en escombros, y lo vi alejarse. Estaba intacto, no tenía ni un raspón. Se fue yendo en el horizonte.

Entonces, la señora que estaba al frente de mí se volvió a quejar. De inmediato miré hacia donde se había ido Alfonso y vi a un tipo caminando hacia nosotros. Traía un lazo. Y un machete.

—China —le dije a la señora—, nos van a sacar, tranquila. Aguante, aguante.

El tipo se demoraba. Una niña, detrás de mí, comenzó a gritar:

—Ayúdenme, ayúdenme, sáquenme de acá, mañana tengo examen de Matemáticas, yo soy del colegio Americano.

El tipo se acercaba más y más. Yo pensé: ah, por fin Alfonso me mandó a alguien. Sin embargo, cuando lo pude ver mejor, me espanté. Lo que estaba haciendo era sacar los cadáveres y quitarles todo lo que tuvieran de valor. Al fin llegó hasta donde yo estaba.

—Uy, hermano —le dije—. Al fin vinieron a sacarme.

—Cuál sacarlo, hijueputa.

Me mandó la mano a la cadena y me rasgó.

—Fresco —le grité—. Tenga —le di el reloj—. ¿Qué más quiere?

—La argolla.

—Tome —y sentí que me la arrancaba con las manos—. Tome, pero sáqueme —volví a gritarle.

—Cuál sáqueme. Muérase, hijueputa, un muerto más.

¿Qué mundo es este? ¿Qué mundo es este? De pronto, la niña comenzó a gritar más fuerte. Se estaba ahogando. Comencé a gritarle:

—Señor, señor, saque a la niña, sálvela.

No volteó.

La niña se murió ahogada.

A ese señor me lo encontré tres meses después. Yo estaba en Resurgir, en Ibagué, haciendo fila. El señor de adelante miró la hora y le vi el reloj. Era el mío. Le mandé la mano. Si tengo un revolver en ese momento, hago una locura. Después no, pero en ese momento le dije:

—¡Usted qué hace con ese reloj! ¡Qué hace! Mire y verá que ese reloj está marcado por detrás con mi nombre. Usted es un hijueputa. Usted dejó morir una niña, usted es un pícaro que me atracó mientras yo estaba en el barro.

Le quité el reloj. El tipo salió corriendo. Alcancé a coger los datos que había llenado en el formulario. Jamás hice nada. Me lo encontré varias veces en Lérida. Hasta que lo mataron en una pelea de borrachos.

Al rato vi otro tipo que venía hacia nosotros. ¿Y ahora?, pensé, ¿qué más nos van a robar? Cuando estuvo cerca, nos miró.

—Soy empleado de don César Castro —dijo—. Y vengo por ese perro que está ahí en ese sofá.

Cogió el perro y se fue.

El ser humano es eso. No el colombiano, como dicen. Todos los seres humanos son capaces de lo peor en situaciones de catástrofe.

Nos quedamos ahí. A la 1:00 de la tarde comencé a pensar: ¿y qué tal venga otra avalancha y nos toque aquí?

—China, china —le dije a la mujer—. Salgamos de acá, salgamos.

La mujer no respondía. ¿Y si me hundía en el lodo?

—Doctor, usted verá. Yo no puedo mover nada —me dijo al rato.

Al fin me decidí. Tenía una mano herida. Casi no la podía mover. Cuando me metí, me hundi. Comencé a sentir un maremágnum de chuzos. Algo me rajó la sentadera. A diez metros había un compresor volteado y unas tablas pegadas. A treinta o cuarenta, estaba la tierra firme. Tengo que llegar hasta allá, me decía, tengo que poder. Si cojo las tablas, salgo de esta. Me arrastré, una y otra vez, hasta llegar. Me dolía mucho la mano. La señora se quedó atrás. La miré. Ya no decía nada. Le dije:

—China, ya llegué hasta acá, empújese dentro del barro.

—Doctor, no puedo, no tengo aliento.

—Véngase p'acá.

—No puedo, me voy a morir.

—Pues todos nos vamos a morir algún día. Venga, venga.

—No puedo, no puedo. ¡No puedo!

Estaba bocabajo. Sus brazos salieron del lodo. Se puso las manos en la cabeza y se hundió ella misma. Me boté a cogerla. No pude. Se ahogó ella misma. No pude hacer nada.

Si esta vieja berraca pudo, pensé, si tuvo el valor para dejar de sufrir, yo tengo que poder. Lo que ella hizo me dio el motor para salir adelante.

Mi meta entonces era agarrar la tabla, echarla adelante y agarrar la otra y hacer lo mismo, como un camino. Pero la mano no me respondía. Intenté moverla y sonaba fracturada. ¿Qué hago? Necesitaba ponerla en posición de agarre. Con la otra, me la puse encima y, tras, descargué sobre el hueso: crac, sonó esa vaina. Se me fueron las luces. Cuando se me pasó el dolor, me paré en la primera tabla. Pun, una puntilla se me clavó en la planta del pie. Qué importa, me dije. Ya tengo que salir de acá, tengo que poder. Hasta mejor, grité, así no me resbalo. Por fin llegué a unos bultos de café. Me quité la tabla. Me paré en el primero y me resbalé. Al reincorporarme, pude saltar sobre los otros bultos, y me paré justo en el centro. Listo, estaba a punto de llegar a tierra firme. Listo, me salvé, pensé. Antes de llegar a la tierra, vi decenas de cadáveres. Todos grises. Eran como máscaras. Me senté ahí. Exhausto. Cuando escuché: “¡Ahí viene la otra avalancha!”.

—No sea güevón —grité. Toda la mañana en estas y ahora se viene la avalancha otra vez, pensé.

Pasaron como cinco minutos en los cuales yo esperaba el lodo. Pero nada. Ah, me dije, ya perdí cinco minutos, si me hubiera afanado, ya habría podido llegar a la tierra. Me metí y arranqué a correr. Empujé los cadáveres con las piernas. Me paré sobre ellos. Experimenté la sensación más inmundita que haya podido sentir. El frío de la muerte. ¡Hijueputa, llegué a tierra!

Vi una casa hundida. Corrí hacia ella y me trepé en el tejado. Cuando llegué a la bajante, me lancé como en un rodadero. Caí de rabo en un pastizal. Suaz, sentí otro quemón y me miré los pies. Me había bajado un dedo. Alguna teja me lo mocho.



No me importó. Era tal mi ansiedad que salí corriendo. Trepé una colina y del otro lado me encontré una escena como la de un leprocomio o un campo de concentración. Una cantidad de gente con la mirada perdida acurrucados en la cocina de una casa campesina. Todos sentados.

Era una mirada vacía, inexpresiva, sin sentimientos. Me dolió el pie. Les dije que me ayudaran a subir más, hasta donde estaban ellos. Solo se oía: “ay, ay, ay”. Una muchacha sentada, calladita, alzaba la cabeza y el cuero cabelludo se le iba hacia atrás, como una peluca. Comenzó a llover. Pude llegar por fin. Me senté al lado de ellos. El frío era tremendo. Tenía sed. Ya iba a ser la 1:00 de la tarde. Esperé como veinte minutos. Luego me levanté y seguí subiendo otra colina, hacia el cementerio de Armero. Cuando alcancé la cumbre, volví a ver colores. Pasé de una película en blanco y negro a una technicolor. Y cuando atravesé la colina, encontré una calle y una tienda abierta. No había nadie. Entré a la tienda, en bola, cojeando. Vi que había una vitrina llena de liberales. Abrí varias gaseosas y me puse a comer bizcocho con gaseosa. Como cinco me empaqué. Miré la trastienda y vi una cama. Uy, dije, me voy a recostar a recuperar energía. Cogí una sábana verde clarito, me tapé y me dormí.

Escuché un ruido:

—Tío, tío, tío, aquí hay un güevón escondido entre la cama.

—Mate a ese hijueputa sapo —gritó alguien desde fuera.

Saqué la cabeza, vi el cañón de un revolver apuntándome. Les grité:

—No, no, no.

—Mate a ese hijueputa —insistió el otro.

Me puse a llorar. A rogarles que no me hicieran nada. Ellos estaban robando y lo que les preocupaba era que yo los delatara.

—No me mate, yo no he hecho nada, yo qué voy a sapear.

En ese momento entró el que estaba afuera. Lo miré.

—Yo a usted lo conozco —le dije.

—¿Usted quién es?

—El doctor Gaitán.

—¿Usted qué hace aquí?

—No, de paseo, güevón, mire cómo estoy.

—Uy, doctor, usted me operó, yo le debo una. Fresco, doctor. Quite diai, quite, chino, que el doctor es buena gente. Fresco, doctor, ya vengo por usted. Espéreme tantico.

Apenas salieron, me fui a parar y, tun, me caí. No pude caminar. Me arrastré debajo de la cama. Me quedaban los pies por fuera. Pensé: ahora vuelven y me pegan un tiro.

A los quince minutos regresaron.

—Venga, doc, no se esconda —me dijo el que conocía, jalándome de los pies. Párese, párese, camine yo lo llevo adonde están los helicópteros. Pero donde me llegue a sapear, lo quiebro.

—Tranquilo, chino —le dije.

El tipo me empujó hasta afuera. Caminé despacito. Me llevó hasta una alambra-da. Cuando pasé, me dijo:

—¿Sí puede, mi doctor? —viendo los helicópteros del otro lado.

—Fresco, sí, sí puedo.

Ahí me tomaron una foto que salió en *El Colombiano* y que después alguien me mandó. Aparezco tapado con el chiro verde y el bluyín entre el tórax y el brazo.

Eso era el mierdero más macho del mundo. Nadie me paraba bolas entre todos esos heridos. Cuando de pronto se me acercó Alfonso Peñalosa, un ganadero conocido del pueblo, y le pregunté si había visto a mi familia. Él estaba buscando a la suya. “No, Juan, ni idea”, me dijo. Y se fue.

¿Y ahora qué hacía para subirme al helicóptero?, pensé. Soy oficial retirado de la Fuerza Aérea. Así que les grité: “Soy oficial”.

—Uy, hermano, aquí hay un compañero, venga.

Me montaron al helicóptero. No podía creer cómo se veía todo abajo. Seguía preguntándome qué era lo que estaba viviendo. Nos bajaron en Mariquita. Empecé a escuchar gritos.

—Lávelos, lávelos con manguera —decían.

—No sean güevones —les grité—. ¿Acaso somos vacas o qué?

—Manguera, manguera.

—No, pónganos algo, yo soy médico.

—Ah, ¿usted es médico?

Me sacaron del grupo. Me lavaron como a un ser humano y al rato me dijeron:

—Doctor, se va para Bogotá.

—No —les dije—. Yo no me voy.

—Que se va.

—No, mi familia, mi familia.

Me subieron a la fuerza en una camilla. Nos subieron a un avión. Nos abrazamos unos con otros entre los heridos para calentarnos. Cuando llegamos al aeropuerto de Catam, a las 4:00 de la tarde, una turba de periodistas se puso en frente del avión a tomar fotos.

—Venga, pero ayúdenos a bajar —les grité.

Mandé una patada.

—Qué pena, qué pena —dijo un periodista.

Nos subieron a una ambulancia. Bueno, pensé, me salvé. Cuando oí al conductor preguntándome:

—¿A dónde quiere que lo lleve?

—Yo qué voy a saber. Pero pues lléveme a la San Rafael.

A las 6:00 de la tarde llegué a la clínica. Fui el primero en llegar. Los médicos no sabían qué era lo que había pasado. No sabían qué tipo de traumas eran. Si era por calor, por lava, por qué. No había información de ninguna clase. Y lo mismo otra vez. Una hora en un corredor hasta que tuve que decir que era médico para que me atendieran.

Me subieron a cirugía. Cuando desperté, al siguiente día, el 15, no sabía dónde estaba. Solo vi una cara que me decía: “Denos un número para avisar de usted”.

Juan Antonio Gaitán duró hospitalizado varias semanas sin saber muy bien qué había pasado. El viernes 15 de noviembre apareció un amigo gracias a un número telefónico que recordó en medio del estupor. Hacía cinco años no vivía en Colombia y había llegado para ver nacer a su primer hijo. El sábado 16 lo subieron a un cuarto para él solo. Allí comenzó a hacer un duelo que no podía comprender. Tenía el brazo engangrenado. Ese mismo sábado, en una radio que alguien había dejado encendida, escuchó la voz de Juan Gossaín, director de Radio sucesos RCN, decir lo siguiente:

—En este momento es evacuada la señora Marion Kemper de Gaitán con su hijo recién nacido, varón, es A+. Favor tener a mano la ampolla de Rhesuman.

En efecto, él es A+; Marion, su esposa, A-, y sabían que su hijo podía ser A+ y que, en consecuencia, habría que ponerle el Rhesuman para bloquear la respuesta inmune por incompatibilidad de grupo. Él pensó que ella se había salvado. Nadie podía tener esa información de primera mano. Ese día, su hermano lo encontró en el hospital. Luis Gaitán la buscó en Lérida. Nunca apareció. Ese sábado hubo tres partos en Lérida. El único que no apareció fue el del doctor Gaitán. Con el tiempo, un amigo suyo le contó que él había estado con Marion cuando iba a tener el bebé, pero que lo sacaron de la carpa antes de que comenzara el parto.

Hoy, treinta años después, Juan Antonio no ha podido saber de ellos. Su teoría, o mejor su esperanza, es que si su bebé está vivo hoy, y es un hombre de esa edad, ojalá haya podido tener una buena vida. Marion, a lo mejor, murió después de transmitida esa noticia y yace en alguna de las cientos de fosas comunes que hay en Armero. Quizá eso es lo más probable. Una mujer de 1,85 de estatura, mona, que solo hablaba alemán, era mucho más factible de encontrar. Aunque, como me dice Juan Antonio, “en ese momento no era nada de eso, era gris”.

Juan Antonio vivió dos años buscándola por todas partes. Cuando salió del hospital, apenas si tenía con qué vivir. A los dos años recordó que su padre le decía que “uno a todo el mundo lo acompaña hasta el hueco, pero nunca se entierra con ellos”. Cuando no pudo más, después de haber sufrido el rechazo incluso en la propia Universidad Javeriana, de donde se graduó y en donde no le dieron trabajo, acudió a la embajada de Alemania en Colombia, que le ayudó consiguiendo un empleo en Girardot. En esa época decidió que debía ir hasta Alemania, pues su última teoría le decía que Marion podía haberse ido del país sin querer saber nada de él debido al trauma.

Los acompañé, los busqué. Fui a todas partes. Le pregunté hasta a Juan Gossáin, que me dijo que él solo leía papelitos que le pasaban. Mi amigo, el hijo de Noelito

Díaz, me aseguró muchas veces que él la había visto en esa carpa. No sabía qué hacer. Hasta que me enteré de que un telegrama sin firma le había llegado a su familia en Dresde, diciendo que ella había sobrevivido. Así que tomé la decisión de ir de incógnito a Alemania. Llegué a Dresde a la 1:00 de la mañana, una hora en la cual suponía que, de estar viva, podría encontrármela.

Me senté en la sala a hablar con sus padres hasta las 7:00 de la mañana. Les conté cómo había sido todo. Puse la cara. A esa hora me despedí y ese mismo día regresé a Colombia. La mamá de Marion, la primera vez que salimos de Alemania, me había dicho lo siguiente: “Mire, Juan, yo a usted lo quiero mucho, pero ojalá nunca lo tenga que odiar, porque tengo el presentimiento de que nunca más voy a volver a ver a Marion”.

—¿Se acuerda de lo que le dije, Juan? —me preguntó ese día de 1988 cuando salí de su casa.

—Sí —le contesté, y nunca más los volví a ver.

Azufre en la piel

Paola
Guevara

62



I. La llamada de Armero

El problema es que el teléfono estaba en el cuarto de su madre. Y ella era una profesora exigente, que no soportaba que a su hijo lo llamaran a las 11:30 de la noche cuando ya estaba dormido, y mucho menos que le apodaran “Pony”. “Necesitamos a Pony, urgente”, “Pásenos a Pony”, decían con voz agitada al otro lado de la línea, y ella, con los dedos rabiosos enredados en el cable del teléfono de disco, respondía: “Aquí no vive ningún caballo. Aquí vive Henry Bejarano”.

Esa noche la madre, al percibir la gravedad en la voz del llamante desconocido, hizo una excepción y despertó a Henry, ese joven maestro del distrito, soltero y apuesto, quien cargó tres días a una compañera en su espalda en los entrenamientos de la Cruz Roja en Melgar, tierra de sol, diversión y piscinas azules, por lo que se ganó el mote equino de “Pony”.

Segundos después de colgar el teléfono, Pony se dio un duchazo rápido mientras su madre le reprochaba las horas de salir, le advertía que no podía descuidar su trabajo en la escuela Santaferense 11, y le recordaba el peligro más reciente que corrió, tan solo una semana atrás, cuando sirvió como voluntario de la Cruz Roja en la sangrienta toma del Palacio de Justicia por parte de la guerrilla del M-19.

Este texto apareció originalmente en el libro *Un propósito llamado Colombia. Diez crónicas humanitarias*, publicado por la Cruz Roja Colombiana en septiembre de 2019.

Pony, quien solo tenía oídos en esos momentos para la noticia que acababa de escuchar, que Armero sucumbía por la erupción del volcán nevado del Ruiz, desoyó las advertencias maternas. A toda velocidad se vistió, echó mano del maletín siempre preparado que contenía ropa interior, un pantalón azul de servicio, dos camisetitas blancas con las insignias de la Cruz Roja en el pecho y un par de botas negras talla cuarenta y tres de caña media, de dotación oficial de las Fuerzas Armadas, que le compró a un soldado por ser las mejores del mercado en los tiempos anteriores a la apertura económica.

Porque Colombia en 1985 era un país protector de la industria nacional, cerrado a las importaciones, y la mejor forma de ilustrarlo eran los artículos de uso personal que contenía aquella maleta azul impermeable: un cepillo de dientes sin esa modernidad que luego llamarían “estuche”; un jabón para el cuerpo, envuelto en una bolsa plástica o en un trozo de papel periódico que dejaba adheridos trozos de noticias negras a la blancura de la pasta húmeda; talco para los pies, de un país que podía prescindir de todo lujo menos de la costumbre sana de usar Mexana contra el mal olor de las extremidades; máquina desechable de afeitar Gillette y un jabón de coco o de tierra negra para lavarse el pelo.

Como Pony, esa noche del martes 12 de noviembre más de cien voluntarios de la Cruz Roja, muchos de ellos jóvenes que aún vivían en casa con sus padres y hermanos, fueron “activados” por la llamada de alerta a lo largo y ancho de Bogotá.

“Uno casi dormía con el morral de noventa litros puesto”, dice Pony, quien pronto descubriría que en aquellos tiempos su maleta de voluntario era tan bienintencionada como incipiente. Cuando días después llegaron a Colombia los rescatistas franceses y suizos, con sus flamantes trajes y arneses, zapatos especiales, dotaciones

y herramientas, o los pilotos estadounidenses y rusos, con sus helicópteros de doble hélice y sus soberbios equipos de rescate y raciones alimenticias, los rescatistas colombianos descubrieron lo que significa vivir en el tercer mundo y enfrentarse a las fauces de un volcán lleno de lava y azufre con una maleta donde la amorosa madre ha empacado huevos tibios como entremés.

Camisetas rasgadas servirían para inmovilizar a los fracturados, con sacos de fique se construirían arneses para sostenerse de los helicópteros, los brazos cansados harían las veces de sogas y las manos desnudas, de picas y palas. Los sacos de café construirían carreteras improvisadas sobre el lodo para llegar a los sumergidos que clamaban ayuda, y hasta los camiones volcados con yogur salvarían de las quemaduras con azufre el rostro de centenares de damnificados.

Lejos aún de todas estas certezas que habían de llegar con la claridad del día, Pony salió de su casa muy cerca del popularísimo barrio 20 de julio, sitio de peregrinación de los devotos al Divino Niño, pródigo en primeros auxilios espirituales del creyente pueblo colombiano que, en aquellos tiempos, no tenía una entidad estatal dedicada a la prevención de desastres naturales pero estaba consagrado al Sagrado Corazón de Jesús.

Pony era el encargado de recibir las donaciones que llegaban a la antigua sede principal de la Cruz Roja, en la calle 68 de Bogotá. Debía empacar, clasificar y descartar toneladas de alimentos, ropa, agua, colchones, cobijas y demás artículos que circularon sin cesar cuando la radio confirmó la noticia en la madrugada del miércoles: “Armero fue borrado del mapa”, “Armero es un mar de arena”.

Sin terminar de visualizar palabras que resultaban tan etéreas como inverosímiles, Pony ocupaba cada minuto en llevar la lista y direccionar a los voluntarios,

médicos y personas del común que se acercaban a ofrecer su tiempo; en llenar tractomulas y despacharlas cargadas de ayudas y, en fin, en coordinar desde Bogotá los auxilios que salían por tierra y por aire rumbo a los centros de acopio cercanos a la zona del desastre.

Pony reflexiona, cabalgando sobre recuerdos lejanos pero nítidos: “Colombia podía ser un país pobre y atrasado en aquel entonces, pero fue el más rico de todos en generosidad. Pude comprobarlo esos días. Jamás olvidaré a un hombre mayor, que se acercó a la Cruz Roja en una bicicleta de panadería destartalada. Traía una pequeña bolsa de plástico que contenía una libra de arroz, una libra de azúcar y una panela. Era todo lo que tenía. Y dijo: «Quiero que le entreguen esto a la gente de Armero, que lo necesita más que yo»”.

II. “Tráigalos vivos”

Su padre llevaba una semana sin dirigirle la palabra. Estaba furioso por la negativa de Desiree de abandonar la Cruz Roja después de exponer su vida, como rescatista, en la toma guerrillera del Palacio de Justicia.

“Usted tiene deberes como hija. No puede tener a su madre aterrorizada por lo que pueda pasarle”, había sentenciado el padre después de lo ocurrido: tanques de guerra rompiendo las puertas del Palacio en llamas, fuego cruzado, magistrados masacrados, civiles desaparecidos... Y Desiree, tan recia, tan inquebrantable su voluntad como su figura de roca morena.

Pero la llamada de Armero fue diferente. Los Arias Bedoya no se opusieron a que la niña de sus ojos hiciera parte de las labores de rescate. La razón: Desiree tenía tíos y tres primas de ocho, seis y tres años de edad que vivían en Armero.



No les sorprendió la noticia del desastre. Se sospechaba que algo grave estaba por ocurrir, pero sus familiares desestimaron las alertas, como todos los demás, ante las partes de tranquilidad que prodigaron las autoridades civiles y eclesásticas. La misión era clara: encontrar y traer vivos a los de su sangre, a esos que no contestaban ya el teléfono; los mismos que seguramente, a esa hora, debían estar resguardados en su casa o refugiados cerca de allí a la espera de ayuda.

Desiree hizo parte de un grupo de veinticinco voluntarios enviados, en un avión Hércules, a la base de la Fuerza Aérea en Palenquero, junto a Puerto Salgar, Cundinamarca. Una vez allí, le contó a la mayor Consuelo Linares su urgencia de encontrar a sus familiares, y le permitieron subir a uno de los helicópteros cargados de ayuda que partían rumbo a Armero.

Le pidió al piloto dejarla en la iglesia, pues a seis calles de distancia estaba la casa de sus tíos. Pero por más que Desiree buscaba las calles de Armero, no las encontraba en el horizonte. Todo yacía sepultado bajo un lodo denso, tan alto que hasta edificios de varios pisos habían sido borrados de la vista. De la iglesia una vez portentosa solo quedaba a la vista un fragmento de cúpula y la cruz cuyos brazos desnudos se parecían más a una brújula rota que señalaba el cielo, enrarecido de polvo y azufre, y el infierno de abajo, donde seres que ya no parecían humanos reptaban desorientados sin este ni oeste, sin norte ni sur, sumergidos en la espesura del fin de los tiempos.

El helicóptero volaba ahora muy bajo, tan bajo que las manos y las cabezas desesperadas de los sobrevivientes se levantaban a su paso con la esperanza de ser arrancados de la muerte inminente. Jamás olvidará cuando, en medio de la desolación, vio a un par de deambulantes cubiertos de lodo que pasaron junto a la mano de una persona sumergida, le arrancaron el reloj y siguieron su camino hacia ningún lado.

Desiree se resistía, tercamente, a la evidencia trágica que sus ojos le revelaban. “Traerlos de vuelta”. “Traerlos vivos y sanos”. “Encontrar a las niñas”. Esa era su misión y tendría que cumplirla, no desde un helicóptero, sino desde la tierra firme que ya no era tierra, y mucho menos firme.

El piloto la dejó en el único lugar que era viable, la Loma de la Cruz, donde un periodista de la Cruz Roja la abrazó, se echó a llorar, le pidió perdón por no poder soportar más y se marchó en el helicóptero junto a otro de sus compañeros, quien le prometió a Desiree que regresaría y le advirtió que tuviera cuidado con el lodo fresco, recién escupido por el volcán, porque su peso y su baja estatura la exponían al peligro de hundirse. Hundirse como todo lo demás.

III. El cementerio y la champaña

A Gonzalo Villalobos le llamaban “Chang” por sus rasgos orientales, de samurái, y por su destreza en las artes marciales. Su madre, quien lo consideraba un niño pese a su cinturón negro, no quiso despertarlo para pasarlo al teléfono, así que la noche de la gran avalancha este enfermero y voluntario de la Cruz Roja durmió como un crío y solo se enteró de lo ocurrido en Armero a las 7:30 de la mañana siguiente, ya en el trabajo, por las noticias de la radio.

Pero el retraso resultó afortunado, porque la Compañía Colombiana Automotriz, donde trabajaba, le ofreció todo el apoyo. El gerente de relaciones industriales, que era un hombre muy solidario, puso a disposición de Chang una ambulancia y cuatro carros. El sindicato ofreció la alimentación de todos los empleados de la compañía. Durante un día, mil empleados no recibieron refrigerios, ni almuerzo; bultos de papa y arroz, carne, arvejas, aceite y pan se empacaron en cuatro camionetas y

se enviaron a la Cruz Roja. La leche de los trabajadores, que recibían una bolsa en la mañana y otra en la tarde, se donó también. Y como si fuera poco, José Camacho, aquel conmovido y generoso gerente, entregó una dotación de mil overoles, mil pares de botas, mil pares de zapatos de cordón, los vestidos de paño de los conductores, cascos y gafas de seguridad, entre otros enseres.

En su morral de lona del Ejército, Chang llevó comida para una semana. Su madre le envió un morral azul extra, con refrigerios adicionales y huevos cocinados. “La generosidad de todos ellos era capaz de llenar un cráter”, dice Chang, que a las doce del día condujo la ambulancia hacia Lérida, una población cerca de Armero, acompañado por miembros del sindicato que conducían los otros cuatro carros llenos de donaciones.

Ya en Lérida, a Chang le pidieron ayudar a rescatar a una mujer atrapada en el lodo, y como pensó que sería una acción rápida en helicóptero, algo así como ir, salvar y regresar, dejó al cuidado de sus compañeros el morral con las viandas que empacó su madre. La orden era evacuar al mayor número de personas de Armero antes de las seis de la tarde, cuando se suspendían por falta de visibilidad los operativos aéreos, y estaba claro que para esa noche se esperaba una segunda gran avalancha.

Fue al sobrevolar Armero en ese helicóptero que Chang entendió la magnitud de la tragedia. Sintió miedo. Imaginó lo que sería perderse allí, morir en medio de la nada sin que su madre pudiera saber jamás su paradero o recuperar su cuerpo. Pero no había marcha atrás. El único suelo firme a la vista era el del cementerio. Solo las lápidas habían sido respetadas por la avalancha. “¿Qué podía significar esto?”, se preguntaba.

El helicóptero se acercó lo más que pudo al lugar donde estaba María, la mujer que debían rescatar, y Chang se arrojó a una altura que calculó en unos diez metros.

Claro que estaba entrenado para caer de lo alto, pantorrilla primero, luego cadera y finalmente hombro, pero nada lo preparó para el peligro del lodo profundo que se tragó sus cincuenta y cinco kilos de peso. Quedó cubierto hasta la cabeza, abrió la boca para respirar y conoció el sabor del azufre; en medio de la desesperación creyó que moriría allí mismo y, al mover sus brazos y sus piernas con angustia, parecía que el vacío acuoso se lo tragara más y más. Su compañero lo salvó con una rama fuerte de la que pudo agarrarse, pero el helicóptero que prometió volver pronto se ocupó en otras urgencias y los dejó allí, a su suerte o falta de ella.

Como pudieron, los compañeros se incorporaron y llegaron hasta María, quien respiraba de medio lado con el resto del cuerpo sumergido en el barro. Chang no tenía más herramienta que sus propias manos y con ellas empezó a cavar, pero a medida que sacaban el barro, barro nuevo reemplazaba el espacio vacío. Era luchar contra la naturaleza desbordada con las uñas, literalmente.

Al descubrir el brazo derecho de María, encontraron debajo a su hijo. Bajo su brazo izquierdo, yacía su hija. La mujer gritaba y rogaba que se lo “quitaran”, se lo “quitaran”, se lo “quitaran”, y solo entendieron a qué se refería cuando hallaron debajo de su pecho a su esposo muerto. En un abrazo familiar giraron, impulsados por la avalancha, y le correspondió a María sobrevivir a sus seres queridos, bloquear su salida con el peso de su propio cuerpo.

La tarde cayó y sabían que venía la segunda avalancha, tan anunciada, así que los rescatistas no tuvieron más opción que dejar a María, a quien nunca podrían sacar a tiempo de ese nudo ciego de muertos con medios tan precarios. Cayendo, salvándose por turnos, arrastrándose, Chang y su compañero lograron al cabo de dos horas avanzar unos pocos metros y trepar a un árbol. Pronto la oscuridad de



la noche sin estrellas y sin luna se hizo tan profunda que ni siquiera podían verse los rostros, estando a pocos centímetros. Solo los dientes blancos resplandecían a veces, como faros.

Aferrado a la copa del árbol y a ciegas, en la noche más larga del mundo, Chang oyó el concierto trágico de los lamentos humanos que se entremezclaba con el bramido de las vacas atrapadas, que clamaban como no pueden clamar las vacas, y el grito ansioso y entrecortado de los cerdos se grabó en su memoria como la banda sonora del infierno. Una sed como de siglos atrás hacía las veces de segundero, cada vez que tragaba saliva.

La avalancha vino llena de agua y desplazó el barro. Cuando la claridad del jueves asomó, Chang vio el cementerio cubierto de cadáveres, unos sobre otros, y los perros caminando sobre ellos. Recordó las fotos de la Segunda Guerra Mundial, tan lejanas, cuando los cuerpos de los soldados muertos se apilaban tras las batallas. María había muerto ya, bajo el peso de nuevos cadáveres arrastrados.

Bajaron del árbol, las ropas raídas. Con las medias, Chang se fabricó un cinturón que pudiera sostener sus pantalones rotos. No había rastro de los helicópteros, o su rumor se perdía a lo lejos, y cuando finalmente uno de ellos se acercó, les arrojó un garrafón con agua. Con todo el deseo de beber apuraron el líquido, contaminado de fungicida.

A veces, en medio del deseo de ayudar, la gente vaciaba canecas que contenían otras sustancias y las llenaban de agua. Vomitaron lo que nadie imagina, y habrían muerto deshidratados si no fuera porque la avalancha arrastró una nevera blanca muy cerca de allí. La abrieron como quien busca un tesoro. Dentro había una botella de champaña.

IV. Las dos Omayras

Desiree no tuvo champaña. Pero sí latas de salchichas vencidas. Con el agua salada que contenían les daba goticas a los niños deshidratados, despejaba las vías aéreas y descubría los ojos de los heridos cubiertos de lodo azufrado. La primera noche llegaron al cerro de la Cruz unos doscientos veinte sobrevivientes, entre fracturados, heridos y sanos. Al amanecer del jueves, los vivos no sumaban más de sesenta.

Obsesionada por hallar a sus tres primitas, a las niñas amadas que quizá andarían por allí entre los sobrevivientes, Desiree terminó por salvar a muchos otros niños. Cada vez que oía el llanto de un pequeño, su corazón llegaba primero para despejar su carita y confirmar si se trataba de las sobrinas de su madre.

Junto a sus compañeros de la Cruz Roja y dos médicos que ofrecieron sus servicios, y sin ninguna de las ayudas que se perdieron en el camino, clasificaron a los heridos, inmovilizaron a los fracturados con girones de ropa y, cuando ya desfallecían de hambre y de sed, hallaron en el barro un camión volcado que transportaba yogur. En yogur, entonces, se bañaban la cara y las manos para evitar que el azufre y el embate del sol carcomieran su piel.

Y como en Colombia el café parece destinado a abrir caminos, los bultos de un camión volcado sirvieron como carreteras improvisadas para llegar al auxilio de algunos sobrevivientes. A Desiree, cuyo nombre manifiesta la potencia de su deseo de servir, le brillan los ojos de furia cuando recuerda el espectáculo mediático en que terminó convertida la pequeña Omayra.

“Los reporteros la entrevistaban para radio, televisión y prensa. Llegaban hasta ella, le tomaban fotos, la grababan, quisieron convertirla en el símbolo de la

tragedia, pero Omayra no fue la única”, recuerda Desiree con el dolor vivo de quien fue testigo de los esfuerzos fallidos para rescatarla.

Dos motobombas intentaron secar la zona en que se encontraba, pero el lodo taponó los filtros, recuerda. “Omayra repetía: «Salven a otros, mi papá no me deja ir». No sabíamos por qué lo decía hasta que murió: la cubrimos con bultos de café para que los periodistas no siguieran tomando fotos y, al hundirse, se destrabó el cuerpo de su padre y flotó. Ella tenía razón, él había muerto aferrado a sus piernas. Eso y una viga nos impidieron sacarla. Cuando Omayra murió todos lloramos, y sin tiempo para secarnos las lágrimas, seguimos atendiendo a otros que todavía nos necesitaban”, dice Desiree. Silencio.

De la nada apareció un hombre con insignias de la Cruz Roja y preguntó por “la negra de rescate”, como apodaban a Desiree. “Soy yo”, dijo ella, y el extraño pronunció esa frase que aún hoy la estremece: “Le mandan a decir que todos están a salvo, que están juntos y bien”. Por poco se desploma, aliviada por saber que su familia había logrado salir del desastre.

Liberada del peso, continuó entregada a la tarea de ayudar a los demás damnificados que a lo largo de varios días siguieron llegando al cerro, algunos arrastrándose y otros desorientados, a los que Desiree describe como “zombies”, cubiertos de barro, con los ojos extraviados, que se alejaban y regresaban horas o días después en una especie de trance, sin rumbo fijo.

Pero también hubo vida. Al cerro llegó una mujer de diecinueve años que también se llamaba Omaira, tendría cinco meses de embarazo y no se dejaba tocar de ningún médico. Solo cuando vio a Desiree, por ser mujer, se dejó revisar. “Prométame que pase lo que pase usted va a salvar a mi hijo”, repetía sin cesar aquella joven, de cuyas piernas

brotaban gusanos y se desprendían girones de carne viva. La mujer perdió las piernas. El niño vivió. Los dos salieron de Armero y están juntos. La vida se abre camino.

V. El bebé y el hombre sogá

Chang fue rescatado del cementerio por un helicóptero que le arrojó una cuerda. En los alrededores, sobrevivientes atrapados en el lodo pedían ayuda y Chang, pendiendo de la cuerda, ayudó a sacar a numerosas personas con la fuerza de sus brazos. Algunos entraban en pánico y se aferraban a su cuerpo hasta hacerlo caer. Pero no todos estaban libres para ser halados.

Recuerda a un joven que no podía liberarse del abrazo de su padre, cuyo cadáver inflamado y descompuesto lo atenazaba con la angustia de un último acto de protección. Chang tuvo que arrojarle a aquel muchacho un machete, con el que cortó los brazos del cadáver y quedó liberado para, entonces sí, ser arrastrado por el helicóptero.

Entretanto, en la sede de la Cruz Roja en Bogotá, Pony estaba parado sobre el techo de una tractomula cargada de ayudas cuando se resbaló y sufrió una herida en la pierna que, por efecto de la adrenalina y las ocupaciones, desatendió. Para el viernes la pierna ya presentaba un absceso alarmante y doloroso en forma de volcán, que el médico tuvo que drenar varias veces, muchas veces. “Era como si hasta mi pierna se solidarizara con Armero, como si el volcán brotara de mi propia carne”.

Vendado y con antibióticos, a finales de la semana decidió que saldría de Bogotá y prestaría alguna ayuda en Armero, donde ocurrían situaciones infinitamente más graves que la suya. En un helicóptero que lo llevó a sobrevolar la zona del desastre, contempló por fin frente a frente la tragedia. “¿Dónde está Armero? Armero

no está”, se repetía en medio del dolor y la impotencia. Se sintió culpable por estar vivo, por andar en helicóptero, arriba, en los aires, mientras abajo otros se jugaban la vida o la perdían en ese preciso instante.

Le pidieron rescatar a una niña cuya pierna estaba muy comprometida a causa de la gangrena y, sin detenerse a calcular el riesgo de contagio que él mismo corría con su herida reciente, sacó de aquel infierno a la pequeña y la trasladaron a un hospital. Era solo una de muchos huérfanos, niños cuyo destino y paradero se diluyó al cabo de los días y los meses. Hablan de niños robados, de adopciones irregulares, de personas que vendieron a los huérfanos a parejas en el extranjero. En Armero no solo se perdieron vidas y bienes. Se perdieron nombres, apellidos, linajes, raíces, nacionalidades y el derecho a ocupar un lugar en la historia. La verdad fue la primera damnificada.

77

Al término de aquella semana apocalíptica, una mujer embarazada empezó a tener contracciones en el cerro de la Cruz y Desiree, que llevaba tres años como socorrista, jamás había visto nacer un bebé. Trataron de proteger la intimidad de la madre con una lona improvisada, pero hasta allí llegó un periodista que comenzó a disparar su cámara fotográfica.

Desiree perdió la cordura y golpeó al periodista, que cayó al suelo con todo y cámara. “El niño estaba resbaloso, nunca había tenido en mis manos un bebé. Me lo envolví en la camiseta. Llegó un juvenil de la Cruz Roja, cargó al bebé y lo abrazó; al girar, le tomaron una foto que dio la vuelta al mundo y el juvenil se ganó una beca en Francia”.

Desiree no ganó una beca pero de su corazón pende, como una medalla indeleble, el recuerdo de un niño de tres años que tenía los dos brazos fracturados. Hablaba a media lengua y pedía: “salva a mamá”, “salva a mamá”. Cuando a su madre

herida la subieron a un helicóptero, el niño listo se aferró con los dientes a la camiseta blanca de Desiree para no ser olvidado.

Desiree aún puede ver al niño elevándose en el aire, junto a su madre, sin brazos sanos con que abrazarla. De los labios del pequeño brotó una sonrisa emocionada, un beso y un “gracias”.

VI. Epílogo

Los brazos-soga de Chang no resistieron más. Se desplomaron sin rendirse. Su cansancio, la sed y el hambre de cuatro días fue toda la cuenta que llevó de las muchas personas a las que rescató del lodo. Un helicóptero lo llevó hasta la población más cercana, donde apuró dos bolsas de leche que su cuerpo se apresuró a expulsar entre arcadas. El domingo tuvo que hacer fila medio día para poder llamar a su casa, desde una caseta de Telecom. Su hermano contestó el teléfono pero no pudo pasarle a su madre, quien se desmayó en el acto. Todos lo creían muerto.

Chang hoy ajusta 43 años en la Cruz Roja. Es el coordinador operativo de la institución, desde Bogotá. Su esposa pertenece a la Cruz Roja, igual que sus dos hijos. Armero le dejó clara la necesidad de preparar a los voluntarios para enfrentar lo impensable, lo inconcebible. Ha dedicado su vida a la enseñanza, a transmitir su experiencia no solo en Armero sino en los muchos accidentes, desastres y emergencias en los que ha servido desde entonces. Su mayor orgullo, que sus alumnos son mejores que él.

Pony lleva cuatro décadas como voluntario de la Cruz Roja, se casó con Desiree y sus muchos años de lealtad infranqueable han llenado el vacío que ella sintió

cuando, al llegar a casa de su abuela, no encontró ni a sus tíos ni a sus primas. Desiree, que cambió el destino de tantos, perdió a los suyos. Se encerró a llorar, y solo recuerda que luego corrió por las calles de Ibagué sin que nadie pudiera detenerla. Tal vez el mensaje de aquel extraño no fuera del todo mentira: “Ellos te mandan a decir que están bien. Están juntos”.

Por Armero aún doblan las campanas

14 de
noviembre
de 1985

Germán
Santamaría





La iglesia El Carmen estaba ubicada al suroccidente de Armero. Hoy solo quedan estas ruinas de la parte alta del presbiterio.

Bajo el sol abrasador, desde las montañas sobre el cañón del río Lagunilla, Armero brillaba fulgurante en el plan del río Magdalena, con sus techos de zinc luminosos y la cúpula impenetrable de su iglesia. Así la veíamos cuando veníamos del Líbano, el pueblo cafetero enclavado en un valle de las laderas del nevado del Ruiz. Al mirar Armero, nos atropellaba el vapor de la tierra caliente, extendida sobre las plantaciones de algodón, arroz y sorgo, en haciendas de nombres coloniales. Pero eso era en los días mucho anteriores a la desgracia.

Porque, de pronto, el día de la desgracia, el helicóptero sobrevoló Mariquita, y cuando después pasó sobre el río Sabandija, lo que vimos fue un horizonte vasto y limpio, como una playa inmensa, una planicie de arenas cenizas. Eran las 6:40 de aquel jueves de noviembre y el helicóptero, contratado a la madrugada por el diario *El Tiempo*, trazó un amplio círculo sobre esta planicie y pudimos ver abajo una superficie ajedrezada y una terraza de cemento rectangular, y hacia

allí se dirigió para aterrizar. Se posó sobre lo que era la plancha final del hospital, durante muchos años regido por monjas de almidonadas tocas. Cuando se abrió la puerta bajo las aspas rugientes, no tropezamos con una bocanada de calor sino con una brisa que helaba y con un viento que soplaba con la fuerza yerta de los páramos andinos.

Bajamos para comprobar que del hospital solo quedaba esa terraza, porque alrededor era un tremedal de lodo, y un poco más allá, la vista ajedrezada que se observaba desde la altura era el suelo físico del pueblo, los pisos de baldosines o azulejos coloreados de las casas, que se usaban así para soportar mejor el ardiente calor en todas las épocas del año. En ese instante de noviembre, entendimos una verdad aterradora: Armero había sido borrado del mapa, literalmente, el pueblo había sido arrancado de cuajo, rebanado de la Tierra, como se puede cortar o destajar con un cuchillo una presa de carne. Al otear en los ángulos del horizonte, abajo, el inmenso playón de arena ceniza y, arriba, el cielo nublado, espeso y negro, con ese peso sombrío sobre la cordillera Central, para arropar la cumbre máxima y en ese momento asesina: el volcán nevado del Ruiz.

Y allí, entre el viento y el helaje, empezamos a ver cómo de aquel lodazal salían los primeros cuerpos desnudos. De entre la empalizada, de los charcos, primero emergían las cabezas y después las manos y, al final, los cuerpos completos, cubiertos de barro y de sangre. Sus voces, sus lamentos, su mirada, sus manos pedían el socorro para salir de allí. Entonces, piloto, fotógrafo y reportero tendieron las primeras manos a aquellos seres que llevaban más de media noche entre el playón y el pantano, que era lo único que había quedado de la llamada Ciudad Blanca de Colombia, por el esplendor de sus algodones, el pueblo donde vendían el fruto

del mamey a la orilla de la calle central, donde pitaba todas las tardes la locomotora del tren de vapor que venía de La Dorada y que iba para Ibagué; el Armero que había sido el refugio para los huidos de la Violencia grande que había asolado toda la cordillera vecina, pero que tal vez había sido marcado por el destino debido al asesinato del cura del pueblo.

En ese momento, a las 6:40 de la mañana, ni Colombia ni el mundo conocían la magnitud de la tragedia. Se ignoraba que, la noche anterior, el final había empezado hacia las 7:00 p. m. Primero se desplomó una lluvia torrencial, un aguacero tropical que se convirtió en borrasca. Cesó de pronto, la noche se cerró por completo, todo se quedó quieto y hacia las 9:30 p. m. empezó una lluvia muy menuda de ceniza. Cuando esta se hizo más espesa, el alcalde de Armero, el intelectual y gestor cultural Ramón Rodríguez, trató de comunicarse con el gobernador del Tolima en Ibagué. Al no encontrar respuesta, salió a recorrer la calle principal y en ese momento se escuchó el último toque de las campanas de Armero. Después se difundió la versión de que el párroco de ese momento, personalmente, las había tocado para de inmediato abandonar el pueblo.

Entre el clamor de las campanas y la lluvia de ceniza que se hacía cada vez más espesa, Ramón Rodríguez empezó a gritar por las calles para ordenar la evacuación masiva del pueblo, pero como nadie lo escuchaba, regresó a la alcaldía para dirigirse por el amplificador de voz del Palacio Municipal. Siete semanas antes, Ramón Rodríguez había estado visitándonos en la redacción del periódico para contarnos que “una bomba de tiempo estaba que estallaba sobre Armero”. Lo contó y lo publicamos: que un derrumbe gigantesco de tierra y de rocas se había convertido en un embalse o represa en el cañón del río Lagunilla, y que el día

que reventara esa represa artificial, una avalancha iba a destruir por completo a Armero.

Pero aquella noche Ramón Rodríguez apenas alcanzó a hablar un instante por el megáfono. En ese momento se fue la luz. Cesó de repente la lluvia de ceniza. Y, de golpe, sobre el filo de las 11:00 de la noche, todos escucharon un rugido lejano. Inmenso y alto. Como si fuera el estruendo de aviones a reacción, la explosión de sus turbinas. El estruendo se fue acercando como una marabunta y el pánico recorrió el pueblo, cuyos veinticinco mil habitantes se lanzaron a las calles huyendo hacia adelante. Pero la bombada de agua-lodo y rocas ya había reventado en la curva del Lagunilla, en la cabecera del pueblo, y se abalanzaba sobre el lugar como la lava del Vesubio se había precipitado sobre Pompeya, más de dos mil años atrás. Era el final, no de la última noche, sino del último día de Armero.

Apenas quince o veinte años antes, habíamos recorrido muchas veces sus calles. Viniendo del Líbano, el paso del puente sobre el río Lagunilla y, abajo, el torrente estrepitoso. La estación de buses de Rápido Tolima, afuera la venta de olorosos frutos de mamey y la calle larga, que pasaba por el parque de samanes y la iglesia de torres blancas. La plaza de mercado, de quioscos apretados, como un bazar árabe, donde una tarde vimos en una carnicería a un hombre manco con un cuchillo en su única mano apuñalar a otro para cobrar una deuda de la Violencia. También, un acuario en una dentistería, de bailarinas rojas y negras, los talleres de tractores y los



El río Sabandija era un lugar de encuentro y de descanso para las familias armeritas, que los domingos acostumbraban realizar ahí los famosos “paseos de olla”.



grandes remolques que transportaban las voluminosas pacas de algodón. Una heladería como un oasis en medio del calor sofocante, un gran almacén de telas de comerciantes del otro Líbano, el de Oriente. Una muchacha de falda de lino floreada y firmes senos, que seguramente murió en la avalancha pero que aún nos dice en la memoria que nos ama y nos espera. Sus dos cines, el Bolívar y el Colombia, aquel sin techo, donde una noche no alcanzamos a ver el duelo final del gran western *A la hora señalada*, porque se precipitó un torrencial aguacero, la gente salió corriendo, y el operador apagó la máquina de proyección y también salió corriendo. Y más abajo, por entre las casas de hormigón y techos de zinc, la estación del tren. Ese tren a vapor que aún escuchamos pitar, aquí en la memoria, y que a las 4:10 de la tarde abordábamos los domingos para viajar hacia Ibagué, cuando veníamos del Líbano. El tren que avanzaba por entre arboledas de matarratones y algodinales, que pasaba por entre las casonas de grandes haciendas como El Triunfo o Pajonales, que bordeaba el río Magdalena en Ambalema y que atravesaba el plan del Tolima entre llamaradas y bocanadas de vapor. Después sabríamos que aquellos viajes en el tren de Armero eran como una travesía por una novela de William Faulkner, visitando mansiones esclavistas y plantaciones de algodón del Misisipi, todo aquello que después el viento también se llevó. Pero estas son apenas algunas postales en la memoria del Armero vivo...

Ahora estábamos allí, en su batalla entre la vida y la muerte. Esa noche había sucedido todo. La avalancha o bombada alcanzó los treinta metros de altura. Las tractomulas para transportar algodón navegaron como juguetes en las crestas de la ola. Una gigantesca piedra, equivalente a un edificio de cinco pisos, llegó rodando desde la cordillera como una bola de billar, trituró todo a su paso y se detuvo y

se posó para siempre sobre lo que era la estación de Policía de Armero. Otra ola más pequeña, pero no menor a diez metros de altura, se dirigió al hospital rumbo a Mariquita, y persiguió durante tres kilómetros al arrocero Diego Uribe Londoño, que huía en una camioneta destapada acelerando a lo que más podía por entre la multitud en estampida, y uno de estos fugitivos le alcanzó a lanzar a un niño sobre el platón de la camioneta. Atrás quedaba el gerente del Banco de Colombia, que al escuchar la avalancha, empuñó su revólver y se abalanzó a abrir la caja fuerte del banco para protegerse allí con sus tres hijas. Algunos alcanzaron a llegar a la colina del cementerio y allí, en compañía de los muertos del pueblo, se salvaron. Un borracho que llegó perdido a las 9:00 de la noche a su pieza en el barrio de tolerancia solo se despertó al día siguiente a las 8:00 de la mañana, y cuando abrió la puerta, todo el pueblo había desaparecido, menos su habitación.

En esa noche, el horror de la naturaleza desatada cabalgó como quiso por las calles y casas de Armero. De un tajo, veinte mil personas, o menos o más, la cifra es tan solo una crueldad, enfrentaron su final en esa última noche de Armero. Pero, como dijo el gran escritor Germán Arciniegas, esa noche allí, en Armero, existió un ser humano que alcanzó a sobrevivir casi setenta y dos horas más para dejar su memoria en el mundo, como la gran testigo y el único rostro y la única voz de todos sus muertos. Un testigo que no tuvo la Pompeya del Vesubio, como lo precisó el propio Arciniegas en memorable texto sobre la gran tragedia del Tolima.

Se llamó Omayra Sánchez. Aún es famosa en casi todo el mundo, pero sobre todo en países como España, Francia o Japón, donde escuelas llevan su nombre y donde la prensa la ha llegado a ubicar entre los cincuenta personajes más importantes del siglo XX, y donde se debate aún si la prensa global puede o no utilizar, desde la ética



Como método para combatir el olvido, entre las ruinas de las casas, las personas han escrito los nombres de las familias que las habitaban.

contemporánea, su tragedia como un hecho de validez periodístico. Unos pocos tuvimos la fortuna y la desgracia de presenciar su valor y su agonía.

Fue a las 5:00 de la tarde de ese jueves. Ya había pasado todo en lo poco que restaba de la noche y el infinito amanecer del miércoles, y también había pasado ese jueves nublado con más de veinte helicópteros que sobrevolaban el planchón de arena, y toda Colombia y el mundo ya se habían enterado y asombrado por la magnitud de la tragedia, y había pasado también otra larga noche, y el viernes había amanecido ardiente de nuevo y el sol implacable caía sobre el valle donde había existido Armero. Habían pasado dos noches y dos días y ella seguía ahí.

Serena y apacible. Cobriza, tolimense del llano mestizo, el dolor, esas casi cuarenta y ocho horas de infame sufrimiento no habían podido borrar la impetuosa alegría de las colegialas provincianas, a sus escasos trece años. Pero los ojos, esa mirada... no podían mentir: todo el dolor se empozaba allí, en su cuerpo frágil bajo las losas de cemento, entre aquella laguna repleta de granos de café, emergiendo de su casa, que fue su breve y única morada en este mundo, pero rodeada de un horizonte de escombros entre los cuales yacían varios de sus familiares más próximos.

El resto es sabido y es casi infame repetirlo. Sería pornografía del dolor. Que cantó, que no lloraba, que hablaba de su madre que había viajado a Bogotá y que también hablaba de las tareas que tenía

que preparar para el día siguiente. La sostenían de los brazos un socorrista de la Cruz Roja y un curtido sargento de la Policía, para que no se hundiera entre el pantano de lodo y pepas de café.

Atardecía y los dos hombres dijeron que se requería una motobomba para sacar el agua del tremedal que la cercaba. Entonces, el helicóptero se elevó hacia Bogotá y en aquella noche, mientras se escribía para la edición del periódico su historia, el subdirector de *El Tiempo*, Juan Manuel Santos Calderón, buscaba esa motobomba poderosa en los almacenes de maquinaria agrícola de la zona de Paloquemao.

Como todas las noches, era necesario desnudarse en el garaje para no entrar a la casa con la ropa llena de barro y de sangre, y después, la larga espera hasta que comenzara el amanecer... viendo la niña hija de uno, también morena y tolimense, allí apacible y dormida, y pensando en la otra, allá sola entre el barro, en su valerosa agonía, con el cielo oscuro arriba y todo el lodo abajo.

El helicóptero aterrizó de nuevo en la colina, cuando apenas había amanecido. Ya la rodeaban entre el lodazal periodistas, policías, socorristas. Ya su rostro había recorrido todo el mundo. Pero la motobomba y aquellos hombres y la atención de la humanidad entera fue algo muy pequeño, inútil. Era como sacar agua del mar, donde jamás se hallará el fondo del abismo.

Hacia las 9:30 de la mañana de aquel sábado sucedió todo. Aquellos hombres curtidos lloraron. Y el último la soltó y ella se hundió y apenas se dibujó una burbujita entre el pantano. Se fue. Como se va la vida, sin importar que se tenga trece años. Se fue con todo el valor y la dignidad del mundo, destruida pero jamás derrotada, como los personajes adultos y duros en las valientes historias de Hemingway. O, mejor, como la doncella que camina impasible hacia el altar del sacrificio en la gran tragedia griega.

Ella y tantas otras historias de seres humanos valientes en Armero. Como la otra niña, Consuelo, allí en el fondo de un socavón abierto en la entraña de la que también fue su morada. Y ese otro niño cuya resurrección recorrió el mundo entero porque se levantó del lodo ya seco cuando las aspas del helicóptero levantaron el polvo de la tragedia, y sus manos anhelantes se dirigieron hacia la cámara del fotógrafo Jorge Parga, que lo captó desde la máquina en vuelo rasante. O aquella otra mujer, espigada, hermosa, con la desnudez de una venus del barro, que emergió también de entre el lodazal, pero de la cual nunca se supo su nombre.

La inmensa mayoría fueron muertos sin nombre. Como aquellos fantasmas blancos e hinchados que vimos en el fondo, más allá de la última colina, cerca de donde amaneció con su revólver en la mano el gerente del banco, que intentó entrar con su familia a la caja fuerte. La avalancha le arrebató las hijas pero él mantuvo firme el arma. Durante dos días disparó contra varios de los reptiles que lo asediaban y que habían escapado del famoso serpentario de Armero. Había guardado para sí mismo la última bala, pero fue encontrado también hacia el ocaso del viernes.

En el atardecer de aquel sábado, al tercer día de la tragedia, por fin las nubes se abrieron sobre el llano y la cordillera. Entonces apareció arriba la cumbre del volcán nevado del Ruiz, solo blanco en su techo y con sus rocosas y escurridas laderas de hielo brillando hacia lo más profundo del Tolima. Y su fumarola, ahora delgada, se levantaba primero recta pero después viraba rumbo hacia los otros picos que lo acompañan en las alturas, como el nevado del Cisne, el Santa Isabel y el cono más perfecto de Colombia, el nevado del Tolima. Era como si la línea de cumbres de los Andes se asomaran a mirar hacia abajo, hacia el plan donde existió Armero.

Pero, en esa planicie, el mundo había cambiado para siempre.

Volvimos varias veces, durante semanas o días, y vimos muchas cosas allí, incluso vimos llorar a un papa, Juan Pablo II, cuando se arrodilló bajo una gigantesca cruz de hormigón. La última vez que estuvimos fue el siguiente 13 de noviembre, cuando se cumplió el año exacto de la tragedia. Fue una noche hermosa, casi mágica. Entonces no había nubes, ni cenizas, ni aguacero, sino una luna doble, cuyo resplandor lo iluminaba todo. A las 11:00 de la noche, la transparencia era tal que se podía caminar sin ayuda alguna por entre aquel cementerio sin muertos, porque muchísimas familias pusieron lápidas y cruces en los sitios donde calculaban que estaban situadas las casas de los suyos desaparecidos en la tragedia.

Leímos con avidez los nombres de los muertos, cuya vida y dolor nos eran desconocidos y ajenos, pero íntimos y queridos en nuestra memoria humana. Ramón Rodríguez. Emma Pérez. Salvador Castellanos. Julián Guarnizo. Sofía Pedregosa. Tantos. Tantos. El resplandor de la luna bañaba sus tumbas simbólicas y era muy doloroso pensar en por qué tanta maldad o fuerza oscura de la naturaleza se había ensañado en el valle del pueblo de Armero.

Al fondo, más allá de la cruz del papa, por primera vez volvimos al lugarcito del mundo donde yacía Omayra Sánchez. Seis meses atrás, con mis hijas, hicimos una bandera blanca y escribimos el nombre de Omayra con la mancha de la pepa de aguacate, porque es eterna y viene de la tierra, y la mandamos colocar con alguien allí; un año después, apareció la foto de la tumba y su bandera en la portada de la revista dominical de *The New York Times*, acompañando un gran artículo sobre la tragedia de Armero. Y esa noche la bandera blanca también se abatía victoriosa agitada por el viento, nítida en el resplandor de la luna. Estaba levantada sobre el promontorio de

placas de acción de amor filial y de gratitud que los peregrinos le solían llevar, y aún le llevan, a su tumba.

Y también esa noche mágica de silencio y dolor seguimos nuestro trasegar por aquel cementerio sin muertos, siempre bajo la apacible luz de la luna llena. Y llegamos hasta donde quedaba el hospital. Habían cavado hasta parte del primer piso. Allí, en aquel escenario de recuerdo y martirio, encontramos dos cosas igualmente mágicas. Apenas tocado por el barro, el último directorio de Armero: un cuadernillo de ochenta y siete páginas, blancas y amarillas, con todos los nombres y teléfonos de las personas y establecimientos del pueblo, desde los Sánchez Bonnet y los Murat hasta los Fernández Carrera, y de la farmacia Especial hasta la heladería Glacial. La memoria perfecta de cuando todos los seres y las cosas estaban vivos.

Y no muy lejos del hospital, tal vez donde existió un juzgado, encontramos entre el lodo seco una máquina de escribir que conservamos como una reliquia. Una Remington portátil, aún con su color negro perfecto y con la cinta al carbón intacta. Intacta es intacta, casi con la humedad de la tinta. Daría mucha emoción llevarla a un laboratorio para analizarla y saber qué fue lo último que alguien escribió en ella. Tal vez una tarea escolar, tal vez una carta de amor, o la descripción de un asesinato...

Han pasado treinta años. Nos hicimos viejos. Pero no ahora, sino desde entonces. Porque los que estuvimos allí y vimos y sentimos lo que vimos y sentimos, de repente, y desde esa experiencia aterradora pero enriquecedora, porque fue verle de muy cerca la cara a la vida y a la muerte, nos sentimos desde ese momento y para siempre más viejos, mucho más viejos, pero un poquito más sabios y, sobre todo, más humildes.

Treinta años después, y como en las pestes de los tiempos medievales, es este un viernes 13 de noviembre del año del Señor de 2015 —de ese Señor del cual descreímos y renegamos en aquellos días porque no vimos su piedad ante tanto sacrificio humano—, y quizás sea una noche cerrada y tormentosa como lo fue aquella, o quizás sea tan serena y luminosa bajo la luz de la luna como lo fue en su primer aniversario. Pero ya no estaremos allí, porque todos estamos muy lejos, en esta ocasión, a la distancia de un océano, pero no importa, porque esos muertos los llevamos en la memoria, como sus familias los sienten y aún los aman, y todas las campanas de Colombia y del mundo, como reclamó el poeta John Donne, siguen doblando por ellos y por nosotros, porque no solo se murieron ellos, también se murió parte de todos nosotros. De Colombia y de la humanidad entera.

Lisboa, Portugal, noviembre de 2015



Durante la conmemoración del 13 de noviembre de 2023, el Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes inauguró varias estaciones de memoria que cuentan la historia de lo que fue Armero antes de la tragedia.



El oráculo térmico

María
Antonia
León

96

—Los peces nos advirtieron —dice el hombre que está conmigo dentro de la carpa cuyos pliegues de plástico se bifurcan en el cielo.

Lo repito mentalmente, pero en singular: «El pez me lo advirtió»; siempre me gustó la zeta que tiene la palabra *pez*, su sonoridad cuando se nombra. No comprendo la afirmación, pero me mantengo levantada en el silencio que anuncia, meditando sobre esta frase con la que cubro el tiempo escondido, mudo de resonancia.

El hombre-pez se ríe. Tiene una risa estrambótica, atropellada, no es una risa natural. El desvelo inquietante de su gesto se extiende en el interior de la carpa, aferrada a la tierra con palos vertiginosos y lazos simples que se aprietan en el gránulo de las rocas.

El oráculo térmico, novela de María Antonia León, narra la historia de Amanda, una mujer que abandona a su hija recién nacida en un hospital rural y emprende un viaje circular en el que su tragedia se colisiona con otra: la de Armero, que transforma la geografía y termina con la vida de miles de personas. En este fragmento, Amanda narra su primera noche consciente en uno de los campamentos de sobrevivientes; ella también es una, pero, en su caso, el volcán que arrasó con su vida es otro. *El oráculo térmico* fue la obra ganadora del VI Premio Nacional de Novela Corta Roberto Burgos Cantor en 2023.



El hombre-pep tiene el cuerpo cortado por la mitad como un dibujo animado. Bajo la manta sencilla solo sobrevive una parte del impacto; la otra mitad está a ras de la colchoneta, como una parcela que expresa un adiós. Mantiene la espalda encorvada hacia adelante, con la cabeza hundida dentro de sí.

El quiebre de los muros plastificados nos acuna y ofrece un aliento frío que tiembla en el interior.

Al percibir el llamado de la música climática, me retiro lentamente de las fundas, tambaleo hasta los confines de la cortina y salgo por el ojal.

Afuera hay varias filas de carpas y una tarde verde, igual que ellas. El campamento está abrazado por el temperamento distraído del polvo y sus habitantes momificados en gasas.

Ya sé dónde estoy. Por un momento me siento cubierta por una mala energía; el contraste de la permanencia y la carrera es un miedo a efectuar el teatro. Cubierta en los brazos y con los senos pesados del mundo observo la expectativa de los nuevos padecimientos. No me pregunto si merezco estar aquí, eso se responde de inmediato. ¿Es un campamento de víctimas? En ese caso estoy donde quiero estar, aunque no tenga las piernas tajadas o el cuerpo estropeado por el volcán.

Ayudantes y malheridos se apelmazan en la amargura de un calor bochornoso, donde se bambolea un viento sedimentado.

Camino por la formación de las carpas bajo los árboles vespertinos, con la neblina afiebrada que se dibuja a su alrededor. Las escenas que se dilatan por fuera del tiempo.

Los cachetes infantiles ganaron el peso de lágrimas y las mujeres parecen haberse hundido entre la cabeza y el pie. Llevan el terracota en las pinceladas de las heridas.

Algunos tienen la piel raspada y pintoreteada con gotas de óxido; los sombreros tiemblan en la amargura del clima, las hojas se tuercen y se puede ver la gestación de una boca ácida, reventada de color... las cejas desbaratadas bajo el mantel de la gasa, el ojo escondido debajo de un parche rosáceo, el brazo amputado y el muñón acogido en el vientre de un pañuelo.

La vergüenza me arrastra la cara y dejo de ver a la gente como si buscara su imagen precisa. Así descubro que la tierra no tiene pasto ni color, tan pisoteada de dolor y de camillas que solo se expresa con grietas prudentes; las veo abrirse venosas, hacen montículos, crecen. A veces son borradas por los zapatos, pero luego se desmorona el breve paso de la suela y las grietas se abren de nuevo, carentes de agua.

Las carpas están cerradas, seguramente para impedir el acceso de los bichos. Entre ellas se delinean los tendedores, con unas pocas camisas de brazos rotos, trapos corrientes y pantalones alicorados de humedad.

La tarde se aplasta en el horizonte y ofrece un ambiente pálido y sacudido de tristeza.

En este penoso camino me abrazo los senos, tratando de volver nítido un dolor espejado. El izquierdo se ha poblado de un peso sólido; acrecienta el influjo de la materia solemne.

Me sospecho sin ese seno, mutilada como mi compañero de carpa. Una amazona moderna, yo merezco algo así. Al pensar que lo merezco, la bebé se vuelve a instalar en mi vientre. Siento que sus dedos me trituran y que aún llevo sus ojos adentro, ojos que tengo para mirar lo que fui.

Ya casi llega la noche, pero dicen que no hay noche y se preguntan, ¿podrá haber noche una vez más?

Aún camino por este mundo efímero y controlado hasta que las fogatas se encienden y las brasas empiezan a estallar de sonoridad. Las primeras estrellas chispean. En el epicentro del campamento se alcanza a ver el resplandor de las piras.

Un señor pasa ofreciendo aguapanela; le recibo un pequeño vaso y me quemo la lengua. Un muchacho con el rostro ensangrentado pasa corriendo y grita que ya está muerto. Al oírlo, la náusea me abre de nuevo, como una planta carnívora.

Vuelvo a la carpa, donde vomito y me ahogo. El hombre-pep pide auxilio para mí. Al cabo de un momento llegan unas personas, me levantan y me ayudan a meterme en la camilla. Es como ayudar a alguien a que se termine de caer.

Yo también pienso que ya estoy muerta, desde que tuve ese parto he sentido que algo dentro de mí se ha estado muriendo. Hay un fantasma que vive dentro de mí y que delira como si las palabras fueran harina que se le echa en porciones a una vasija llena de huevos abiertos.

Aquellos intentos de abortar a la bebé podrían hacer efecto algún día porque no la parí completa. Si está viva, se va a criar con pedazos de muerte por dentro, con el amor a medias y el cuerpo a medias también.

Necesito poner la palma de la mano abierta sobre este hecho y entender que de él no cuelga ni un solo hilo.

Mi mano se posa en el útero vacío, bebo del agua turbia; veo a mi alma que regresa del río, entro en la habitación de la angustia; ninguna foto será revelada, la bebé me tiembla, la lucidez se retira a lomo de caballo.

Soy el tronco de un árbol que deambula en el mantra de un río.

A lo largo de la noche solo intento acostumbrarme al olor de la sangre quemada mientras arrastro en mi mente una maleta llena de ideas que ya no me sirven y

que, sin embargo, ya no puedo botar porque no reconozco el momento en que dejaron de ser mías, ni a dónde se fue la Amanda que las habitaba.

Nadie se duerme. Dicen que no pueden dormir, que cuando estaban durmiendo los arrasó la avalancha.

Es imposible que ejercite la cabeza cuando tengo que recordar las reglas de sentir y de vivir.

El dolor no se cura, se controlan sus estadios.

Tengo que dejar de ser la pesada mano que se estira.

El pez al que tajaron al medio y volvieron a lanzar al río.







Armero Volver al mapa se imprimió en octubre de 2024 y hace parte de la apuesta del Gobierno del Cambio por la protección del patrimonio y de la memoria nacional.

Se usaron tipos Aeronomic Sans y Athelas.

La impresión de esta publicación fue realizada por la Imprenta Nacional de Colombia, utilizando tintas formuladas a base de aceite de soya, una elección que minimiza el impacto negativo en el medio ambiente. Además, se emplearon planchas ECO3 como una alternativa más ecológica en la impresión *offset*, destacando su capacidad para reducir el consumo de agua y productos químicos durante el proceso, así como promover la durabilidad y reutilización. Esta filosofía de la Imprenta Nacional representa un compromiso sólido con la sostenibilidad en la impresión en Colombia, contribuyendo significativamente a la preservación del medio ambiente.



ECO3

CENTRALink
CORPORATION

www.imprenta.gov.co

PBX (0571) 457 80 00

Carrera 66 No. 24-09

Bogotá, D. C., Colombia

Armero, esa esquina del norte del Tolima, fue devorada por un lengüetazo de lava, agua, piedras y barro que en solo unos minutos nos demostró, como sociedad, que la arrogancia humana es tan delirante como insignificante ante la dimensión de la naturaleza. Si hoy Armero pudiera ser símbolo de algo más que el dolor y el padecimiento de miles que quedaron sepultadas, o de los miles que aún caminamos con el sentimiento de incompreensión profunda por lo vivido, es la idea de que siempre es posible mitigar, prevenir y actuar ante la evidencia de los mal llamados “desastres naturales”.